

EL GAMONAL y otros relatos.



Gamaliel Churata

EL GAMONAL y otros relatos

Gamaliel Churata

Editorial 
KOREKHENKE

“EL GAMONAL y otros relatos”.
Primera edición, abril 2013

© Wilmer Kutipa Luque

Edición, diseño y corrección:
El Laykha / Editorial KOREKHENKE
E-mail: skepsis_21@hotmail.com
Tacna - Perú

Portada: Simbología tiwanakota.

El contenido de esta publicación puede reproducirse por todos los medios posibles, siempre que no se altere el mismo.

P R E F A C I O

Los primeros relatos de Gamaliel Churata (alter ego de Arturo Peralta) datan de 1917-1920, publicados en las páginas de la revista literaria LA TEA, ellos acusan inevitable influencia del modernismo esteticista y decadente, cronológicamente pertenecen al periodo fetal que Churata vivió en Puno y en Potosí, cuando se llamaba Juan Cajal, nombre cuyo recuerdo –según manifestó años después– le ruborizaba por su excesivo sabor hispánico. Hacia 1924 puede rastrearse el primer relato que lleva la firma de Gamaliel Churata, pseudónimo que adoptará definitivamente. A esta fase de madurez intelectual corresponden los relatos reunidos en esta antología, todos ellos saturados de indigenismo y escritos a la manera vanguardista. “El gamonal” es un cuento paradigmático por su explícito contenido ideológico, casi una declaración de principios, en el que se denuncia las condiciones infrahumanas en las que sobrevive el indio bajo la férula del gamonalismo; su escritura combina la narración y el ensayo panfletario (“*Vamos a protestar en forma rotunda. El indio es la bestia del Ande*”) caracterizados por una abierta actitud revolucionaria, la misma que acompañó a Churata desde la adolescencia, tal se lee en carta que le escribiera a José Carlos Mariátegui: “*Desde los primeros años declaré mi credo revolucionario. Cuando usted probablemente se nutría de selecta literatura, lo que sin duda le ha procurado esa admirable pureza y agilidad de su expresión, yo vomitaba (siempre sólo podré hacer eso) toda la dinamita que la esclavitud del indio producía en mis nervios. A los quince años desafiaba a un gamonal, a causa de los indios, y a los diecisiete me encarcelaban por haber insultado el gobierno de Benavides. Soy, pues, orgánicamente, un vanguardista.*”

Como se sabe, El Pez de Oro, la obra mayor de Churata, fue escrita en los años veinte, aunque publicada tardíamente en 1957. Viene a reforzar esta afirmación, la de su temprana escritura en clave vanguardista, el conjunto de breves prosas líricas reunidas bajo el nombre de “Tojjas” (en aymara: trozos de barro) donde se puede apreciar en toda su desconcertante originalidad las formas expresivas que conforman la escritura de El Pez de Oro, una mezcla barroca de signos idiomáticos y onomatopéyicos sin aparente orden, a caballo entre la realidad y la oniría. “Tojjas” debió publicarse en 1928-1929 en forma de libro,

incluso se sabe que Diego Rivera iba a ilustrar sus páginas: *“Es muy posible que Tojrras se edite en los primeros días de enero próximo o acaso en los últimos de diciembre. Diego Rivera debe ilustrar sus páginas, según su compromiso, se ha restituido a México, donde seguramente acabará ese trabajo que tenía iniciado.”* (Carta a Mariátegui, fechada el 8 de setiembre de 1928) Sin embargo, ello nunca ocurrió. Los fragmentos que conocemos de “Tojrras” son los publicados en Amauta y en la revista cusqueña Kosko.

“Los fuertes muchachos”, “El kamili”, “Trenos del Chio-Khori” y “Teófanoj Kamunkaña”, pertenecen también al periodo beligerante de irradiación indianista que llevó a cabo el grupo Orkopata a través del Boletín Titikaka; los dos últimos relatos están atravesados por el recuerdo doloroso de Teófano (el primer hijo de Churata, muerto a muy corta edad). En 1932 por problemas políticos Churata fue forzado a abandonar el Perú recalando en Bolivia por segunda vez, la primera fue en 1918 cuando animó el movimiento literario Gesta Bárbara, de esta etapa apenas se conoce el texto publicado en 1933: “Los cuentos del Titikaka”, es probablemente el último cuento publicado por Gamaliel Churata, sin contar, desde luego, los innumerables relatos que integran El Pez de Oro. En este segundo periplo por la tierra de Franz Tamayo, se dedicó casi por completo al periodismo, noble labor que absorbería todas sus energías hasta su retorno al Perú en 1964 para luego ir a morir a Lima en 1969.

W.K.L.

EL GAMONAL

1

Gruesa techumbre de totoras y de pajas. Habéis tenido ciertamente varias oportunidades de conocer la choza del indio puneño. La ventana mide apenas diez centímetros; es un hueco practicado, a manera de pupila, en uno de los lienzos, en aquel de los lienzos que mira al sol. Su color, además del ocre de la tierra fructífera, suele ser el blanco o el siena. Un cubo. Junto a él, unido por el vértice del ángulo referente, otro cubo, y más allá otro de menor volumen y luego los rectángulos numerosos donde se aposentan los rebaños. El plano verde, verde veronés. El aire vibrante. Son las diez de la mañana. Húmedo de tibia humedad. Primavera.

Su cara es fea, seguramente. Gorda no es. Al menos, viéndolo bien no parece. Flaca, tampoco. ¡Trabaja tanto y tan sin descanso!. Cuando se trabaja así no se tiene los ojos en el abdomen y, desde luego, no se engorda. Pero es de una fealdad graciosa. Tiene ademanes desenvueltos y una picardía obscena en la mirada.

Se llama Encarnación. La dicen: Encarnita; y ella se goza con el diminutivo.

En el primer parto estuvo a punto de morir. Si no es el kallawaya, se habría ido al otro mundo. Con ciertos sobajeos en el vientre y la cadera y cuatro lagartos que mató en el patio, diciendo misteriosas palabras, el kallawaya la hizo parir. De lo contrario habría muerto. El marido se puso loco. «Si tú me la salvas», decía, «te daré cuanto quieras». Cinco días pujó Encarna. Ya le faltaban las fuerzas. Su flaqueza de ánimo la fortalecía para los extremos furores. «¡Mátame, tatito, ya no puedo!», gemía la meneona. Deseaba terminar de alguna manera. Miraba a su marido más abatido que ella misma. Acaso una sonrisa se agazapaba entre sus labios. El dolor del hombre era mayor, ¡claro!. Los oblicuos ojos de una mujer alumbrando al clavarse –ese es el término– en el marido, tienen elocuencia de volcanes que antes de vomitar sus lavas clavan un ojo en el cielo ya sobreespantado de estrellas. Un hijo es siempre una venganza de la naturaleza. Él quiere decir que no estamos llamados a terminar con la generación la obra espiritual que, a cada rato, creemos llevar a sus ápices, y que debemos esperar de nuevos frutos

nuevas perfecciones. Ciegos de hosca torpeza en todo procedemos así. Nos conceptuamos la fórmula definitiva, y cuando el hijo balbuceando nos hace entrever el aspecto fugaz de una nueva belleza, nos enfurruñamos como felinos y groseros contra la nueva belleza que él trajo, empeñados en que ésta que ya llevamos gastada sea la ÚNICA belleza del mundo. Moraleja: los hombres cuando han pasado los treinta años casi siempre son lo más burro de la tierra. Pero que de esta triste averiguación nos consuela saber que la Encarna parió y que su macho con la alegría del suceso, loco y loco, se dirigió a los corrales y cogiendo por las astas a un toro matrero lo dobló, lo unció, lo refregó de hocicos en el suelo. Loco, ¡claro! Loco de alegría.

Bien, pues. El gamonal, a los diez años es un muchacho tímido y tonto a quien, con toda felicidad, como se le pinta una mosqueta en el trasero, se le cuelga rabitos de papel. Es producto neto de hacienda. Se le reconoce por un fuerte olor a trigo tostado y en que en sus relaciones de amistad prefiere al mozo cuyo poder de puñadas le haya rodeado de una de esas admirables aureolas de trompeador que tanto se admiran en la escuela. Este le es tributario en cambio de una chuwa de chancaca y buena porción de tostados.

La debilidad de sus menores siempre está a expensas de su crueldad tanto como él a expensas del juicio definitivo que el profesor forma de su estiptiquez mental, pues a una brutalidad incalificable, une un carácter servil de los peores respectos. Es uno de los pocos que conservan sus cuadernos cuidadosamente forrados, aunque la grasa y ese intolerable olor a tostado mal digerido los haga gaseosos y a él temible a la pituitaria. Por lo demás, nunca está entre los chicuelos que por un momento de amplio regocijo dan dos o una hora de reclusión. Por esa causa, sus copias rara vez no están con el día. Muchas veces, y debido a ello, logra destacarse entre los demás, o casi siempre, puesto que los resultados apetecidos son esos. Tanto en la vida como en la escuela el gamonal posee un sentido práctico de resultado sin igual. Persigue la solución de un interés próximo. En la escuela, lucirse, para imponerse llegado el caso. Se dirá que siendo así el gamonal a la postre resulta un ejemplar de hombre tesonero capaz de altas acciones. No. El gamonal olvida lo que engulle mentalmente, como evacúa lo que ingiere por el estómago en grandes cantidades, sin que lo uno ni lo otro hubiera llegado a producir el extracto vital. La prueba podría yo ofrecerla en los

diarios de debates de esta República representativa, donde se ha levantado un monumento a la necedad y a la impudicia; de lo primero, que de lo segundo se ve en los poblachos, sin salirse muy lejos de las calles centrales, otras pruebas de esta falta de honradez digestiva...

El gamonal es un prototipo de machacón. Ha convenido en que atorarse de letras es ser un sabio y que se es más sabio y más fuerte en relación al número de horas consumidas en rumiar los textos absurdos de colegio. Por ello, en el colegio, el gamonal, es el mejor alumno; en la vida, si tuvo suerte, el hombre; pero en verdad una bestia!. Vela hasta las once o doce de la noche, deja la capa apenas amanece y reemplaza los fatigantes y fatigosos estudios con un sonsonete muy parecido al avemaría de los llamos en el corral. Se podría inventar una sinfonía con el tema. Su nombre acaso éste: *sinfonía de la brutalidad angustiada*. Es el primero en llegar a la escuela. Pero no se toma este trabajo inútilmente, robando alguna hora al plácido sueño infantil del amanecer, por ir a corretear con sus compañeros, al campo perpetuamente vestido de fiesta para el corazón del niño. No; el campo es para el majjta una incitante tienda de refresco, un aromoso cajón de dulcero. El gamonal está pervertido. Es un instinto de cálculo sirviéndose de un cuerpo canijo y miserable. Llegado, se colocará frente a la puerta principal en espera de la llegada del profesor, con el objeto de hacer ostensible su aplicación y formalidad. El profesor lo nota, pero cuando el profesor no pertenece al género del asinus-gamonalis, lo cual es bien raro, sufre de una dolorosa impresión frente a esa ruina precoz.

El mayordomo tiene, montados y dispuestos a partir en rondaje por todas las cabañas de la hacienda, cinco karabotas duros de rictus y mentones patológicos. Están embufandados hasta cerca de los ojos para defenderse del látigo pampero. Sólo dejan ver las negras pupilas centelleantes. El chogchi impaciente hunde la mirada en la lejanía nítida y gris. La respiración se ve en el frío de la madrugada. Y parten. Ha ordenado el mayordomo una requisa minuciosa. No debe quedar, sin ser inspeccionado, ningún rincón de la propiedad. Parten. Los caballos toman diversas direcciones levantando nubes de polvo...

—¿Tu marido?.

—Se fue al pueblo, tatay...

—¡Mientes!. No se fue al pueblo. Lo has ocultado. Las vacas no las robaron, como afirma. Las ha vendido... ¡Miserables!.

El karabotas hace caer su látigo sobre la espalda de la india. Al hijo que llora le lanza un insulto soez. Le llama «hijo de perra». Pronuncia bien claro, bien fuerte la palabra cárcel y se va. Al oírla, la mujer y el niño tiemblan. Receloso sale el indio de su escondrijo. Mira insistentemente hacia el punto de polvo en la planicie y luego tritura su maldición como todo hombre esclavizado, duramente, sin literaturas vernáculas, con palabras centrales y definitivas: «¡perro!, ¡canalla!, ¡porquería!».

Tres leguas es poca extensión para una hacienda. Diez, poquísima para la llanura clásicamente andina. Pero a sesenta leguas todavía se ven preciosas las cumbres vírgenes plasmar sus bellas formas triangulares. En la pampa inmensa y solemne se esperdigaban los ayllus, antes, y hoy sólo queda la cabaña miserable sin una flauta ni un huayño. La cabaña de la hacienda sustituyendo al ayllu es como la jaula para el indómito kelluncho. El ayllu, reducido conglomerado de indios, era la paz y el amor abrazados en la rinconada. Al ayllu ha seguido la cabaña del colono, indio esclavo obligado a vivir como bestia, con un miserable salario, sin fraternidad ni sociedad. En la cabaña se convierte el hombre en bruto y cuando como el kelluncho prefiere morir de hambre a soportar las rejas de la jaula, se le manda a la cárcel. Eso es la pampa. Ningún hombre justo debe mirar esa gris extensión con necia indiferencia. La pampa es una llaga sangrante; por todas partes deben oírse los gemidos del indio. Yo me explico por qué hay personas que al voltear una ladera, pasado el atardecer, oyen llorar las almas. Esos llantos no son leyendas. Un espíritu piadoso les hace oír lo que de otra manera no quieren. Nada de quenás y yaravíes ahora. Ya pasaron esos desgraciados tiempos del mundo cuando el dolor era un motivo poético. Los poemas de hoy son la sangre de los miserables convertida en gritos o la inquietud de los huesos por alcanzar la perfección teológica. En la pampa hay poco color. Violeta en los lindes del cielo, amarillo el pajonal interminable, blanca la nube y rojo el corazón del colono. Allá vamos. ¡Donde se siembra una injusticia se cosecha un vengador!

Hay que ver al gamonal casi un hombre ya. Color pan tostado, puesto que también heredó los colores incaicos. Es alto. Tres años de vida pueblerina le han dado lo último que la naturaleza le dará: juventud. Niñez no tuvo. Nació deforme, sólo apto para el engaño. Su primer paso en la vida social se reduce a buscar compadres entre abogados y funcionarios. Le importa muy poco la miseria y la orfandad

de sus amigos si a su predio puede comprar un nuevo compadre. Esto mientras su hacienda lo permita sólo una vida anónima y tenebrosa, pero si crece en proporciones, entonces, en una hora de vergüenza cívica, dicho sea con las palabras demagógicas, sus dineros y, sobre todo, los sabrosos quesos serranos, la imponderable mantequilla puneña, las pieles de vizcacha y vicuña y la sarta de chaullas, construyen el armatoste de un Diputado a Congreso, un Prefecto o una personalidad cualquiera.

2

El phuttuto es un clarín trágico. Su voz ronca al principio adquiere, conforme se eleva, determinada ondulación que es en veces grito desesperado, como de fiera, penetrante, que parte en dos la paz estéril de las serranías. Se utiliza el caracol marino, pero en estos sitios las astas del toro bravo. El indio lo pule cuidadosa y amorosamente, hasta darle aspecto gracioso que no de beligerancia.

—¡Phu!... ¡Phu!...

La sugestión que su toque ejerce sobre el indio es de tonificación y ardoridad. Para el criollo tiene efectos diametrales. Se piensa de inmediato que la indiada, insurreccionada, está oculta en los cerros, que la comanda Rumi-maqui o Kalamullo, descendientes presuntos de la real familia incaica, que sólo esperan la llegada de la noche, y que en vandálicas hordas, saquearán, incendiarán, violarán. Todas las más refinadas atrocidades pasan por la imaginación del criollo cobarde, perezoso y autoritario. Y sólo fue un joven de nariz aguilina, tórax kawitesco, ojos pequeños de penetrante mirar, que sintiendo nostalgia de la maza y el escudo embocó el phuttuto en el silencio de las montañas. Ensayaremos imaginar los efectos que su toque produce en los segmentos de nuestra cosa civil. En los oídos del Prefecto, phuttuto sueno a memento; en la cabeza del gamonal tiene reminiscencia de guillotina; en el cándido corazón del Obispo es hermano legítimo del pecado mortal, amenaza impúdica, desvirgamiento a forciori; para el descoyuntado organismo de la vieja beata, trae efectos espasmódicos, pues se tiene averiguado que cuando los indios se sublevan, se arrechan por estas alimañas; en el iluminado cerebro del hombre (pido perdón por esta frase irremediabilmente mala) es el grito vengador de la raza

que pugna por sacar a través de los escombros de la justicia fosilizada en tribunales y gobiernos, el puño trágico. Así, como una alegría de 28 de julio. ¡Pobres!, sin ver que en esos escombros no hay más que ceniza que aventar a los vientos de la sangrienta purificación venidera.

Uno... dos... tres...

—¡A las tres!

Ha brincado el Sol en un telegráfico crepúsculo sobre la pampa que apenas tuvo tiempo de bostezar. El gris oscuro de la chujlla se acrecienta en la madrugada alegre. El rocío cintilante en la techumbre va cayendo en lágrimas por las pajitas del alero, una tras de otra, a la una, a las dos y a las tres... La india parsimoniosa se acerca a la vaca y cogiendo las ubres la ordeña, largo... la tibia vaporación le pone una sonrisa de amor en los labios duros y cobrizos reflejada en las mejillas de carmín brillante. ¡Ella también es madre!. Pero no le robaron la leche de sus hijos. Mentira. A ella también le ordeñan los niñitos de la hacienda. ¡Vacas!, ¡mujeres!

No es posible encontrarlo en otra parte por ahora. Está de perfil sobre la tarde. Hollando el suelo que el frío comienza a entumecer, saca la cabeza por sobre el mojinete de la chujlla. Tiene metido el chullo hasta cubrirse las orejas y media frente. El chullo es de un tono verduzco oscuro con ornamentaciones rojas de fáciles dibujos expresivos. Los ojos, mirando la lontananza sangrienta de arrebol poseen un dulzor de queja, y una ausencia de abstracción se dibuja en la persistencia de una mirada sin pestaños. Se destacan los pómulos en una tenue sombra violácea cuyo vértice es un tajo lumíneo licuado en los bordes de las jetas. Será fácil comprenderlo. Es el hombre que domeñó a un toro loco de una fuerza de buey. Es el marido de la Encarna. Acaba de insultar sus espaldas la fusta del karabotas. Nada ha contestado él a cuantos insultos le echara en el rostro. Permaneció callado. Hace tiempo comprende que ninguna actitud es más firme y elocuente que su poderoso silencio. Mira y calla.

De lo que es capaz, sólo una observación atenta podría revelar. Una frente breve, el macetero y el etmoides, férreas prominencias en el mentón. Todo es agresivo en él: la nariz afilada en forma de corva, las órbitas dibujadas con dureza, el occipital donde se advierte la acción de una antigua deformidad y el cráneo todo estirado en el bregma. Todo él, el ancho cuello y el tórax, da sensación de poder. Debajo de la camisa de

cordellate parece palpitar con el propio ritmo de la entraña, el deltoides, como en la bestia fatigada. Tanta extraña conformatura está aforrada de una piel cobriza que el sol bruñe en sus mejores fuegos. No habla. Pero la fogata de occidente en sus últimos resplandores, orifica su perfil metálico. La tristeza de un linaje perdido en el hueso se miraba en su fornido cuerpo de hambriento. Él no es originario de la Hacienda. Ha venido de otras tierras del Ande. Llegó con sus padres muy joven, casi niño. En la hacienda envejeció, en la hacienda tomó mujer y en la hacienda dejó los huesos de sus progenitores. La hacienda venía a ser para él como una deidad ofendida que a cambio del mendrugo le arrebató todo, hasta el honor. Entre las cejas de esta cólera empozada día a día conoció, pues, a Encarna, y tuvo el hijo para quien ambicionaba una suerte menos perra. Encarna compartía con él tales ambiciones. Y los colonos le oían con agrado.

En la puerta del caserío, el mayordomo borracho, furioso, revólver en mano. Rodeándolo mujeres y viejos que miran con timidez y espanto.

—Tatay, es mi hija. ¡Debes respetarla!. No es para todos, sino para su hombre.

Sin atender a las protestas del anciano, riendo a carcajadas arrastra a la india.

—Te doy mi trabajo, pero no mi familia. Cóbrate en él lo que te debo. ¡Mis hijos son para mí!

Admirándose de tal lenguaje, el cholo reía más.

—¡Ah! Te lo enseñaron los ramalistas... Se comprende, indio bribón. Pero ya irás a pagarlas en la cárcel.

No se la llevaba impunemente. El viejo arrastrándose llegó hasta él y le dio un empujón; pero por nada. Presto le metió tres balas a boca de jarro.

En la explanada todo es alegría bajo la luna. La «maestra» lleva el tema satírico y le corea el ruedo con alborozo:

*Ese que está mirando,
mejor será que se atreva.*

El charango mantiene con simples motivos melódicos los temas de la danza. Es la kashua. Agarrados de las manos, hombres y mujeres, dan vueltas en graciosas actitudes. La naturaleza duerme. El viento silba entre los pajonales. Los perros aúllan en la lejanía pastosa mientras los corazones mozos tiemblan por el cercano connubio germinal.

Encarna se entendía con el mayordomo. Los palos menudean para el marido. Joven y provocante tenían que apetecerla el cura del lugar, el tinterillo y el mayordomo. Estando más cerca, éste aprovechó. Ella, demasiado vivaz para mujer de pobre, comprendía las ventajas de su trato con el patrón y no se resistía cuando la oportunidad les brindaba un acercamiento. El último hijo era evidentemente engendrado por el mayordomo. Todo lo hacía suponer. Sólo el pobre del padre no le habría creído nunca porque este último chiquillo era sus dos ojos. Encarna, lo trataba mal, muy mal. Parecía despreciarlo. Contestaba casi siempre con indiferencia y dureza. El marido nada entendía de esto. Nadie hablaba nunca de lo acontecido. Es que el mayordomo, mañoso en tales artes, se la llevaba a sitios descampados en llanuras inmensas donde nadie pudiese verlos. Y nadie los vio hasta entonces. No era bonita Encarna. Era joven y dura, de carnes prietas y sólidas. Sus senos tenían la erectez de los quince años y sus ojos la quemante sensualidad de los veinticinco. El mayordomo estaba enamorado de Encarna. Le había propuesto abandonar a su hombre. Estaba enamorado hasta la coronilla.

Con lentitud y gravedad, vacas y toros, abandonan corrales después de ordeño oloroso. Síguenles, con finos ademanes, llamas y alpakas. Ovejas y cabritos se van alejando también bajo la presión de la hora suave y tónica. Humean los fogones. Los gallos cantan. Los pajaritos pían en vuelos tensos. Asomadas a las puertas de sus chujllas, las madres entregan los pezones a las boquitas desdentadas de los majjtitos, mientras los hombres se afanan en labores múltiples. Paz que transpira.

El gamonal, de todas maneras, es un poder influyente, relacionado con lo más odoroso y rumboso del centralismo capitalino. Entonces, su interés y el de la camarilla que lo ha ungido, le obligan a sostener un diario en la provincia escrito por infelices del subsuelo. Toda la basura empleómana está arrodillada a sus pies. Diez años en la capital, le han dado una forzada distinción. Viste con uno de sus últimos modelos europeos, usa sombrero de copa y quema cigarros puros, que nos recuerdan, por cierto, al sojtapicho pueblerino.

Los cielos nocturnos se suceden, unos tras de otros, sin nubes. Toda la congestión estelar gravita sobre la pampa, como ubre pletórica de leche estéril. Las chacras están muriendo en las rinconadas asesinadas por el hielo. El indio prende su fogata en la montaña para ayudar a la

tierra, a la madre, a producir el calorcito que contrarreste la cuchilla del hielo. Chillan las criaturas en todas direcciones elevando en la extensión ilimitada una sola voz angustiada, llena de lágrimas, doliente de ladridos y pellizcos y junto a este alarido viene un dolor que tiende a revelarse. Los hombres se han reunido en la cumbre. No es literatura lo que vengo relatando. Los indios van a los picachos como al corazón sigiloso de la tierra a tramar sus venganzas o a maldecir. Esto no es –repito– literatura. Literatura es aquello que he oído contar alguna vez de un indio expulsado de la hacienda con sus hijos y que, por toda venganza, al llegar encima de la cuesta se dio a sonar el phuttuto. Eso es literatura. Literatura es aquello del indio enamorado de la quena, el indio enfermo de tristeza. El indio, siendo hombre y de los mejores, no ha de tener tiempo para literatura linfática. Los indios se reúnen para maldecir, si no más, al mayordomo, esa bestia carnicera, a los patronos, esas víboras, al párroco, ese bribón; al kellkere, esa zorra. Nadie explica si los verdugos son los actuales poseedores de la hacienda. Los que dominan gozan la utilidad de su trabajo y son causa de sus hambres. A ellos, pues, debe encaminarse la venganza. Con aguzar un poco la mirada se ve el caserío de la finca perdido en una rinconada a muchas leguas de distancia. Hacia esos lugares se ve parpadear una luz.

Alrededor de la fogata hay un maravilloso registro de gestos. Todos tienen torva mirada, labios gritadores en impenetrable mudez. Están reunidos para maldecir, y aunque alguno hable exponiendo planes, no se le toma en cuenta. Hay una sola verdad: y es que deben alzarse, invadir la finca y acabar con los malditos. ¿Cómo se hará esto?. Lo importante es que se haga. Uno se yergue sobre los demás. No es para mandar. Es para dejar que sus nervios tiemblen mejor. Circula una cita. ¡Iremos!. Y luego no se oye más que el general llanto surgido de la pampa enorme enrojecida de coraje. No hay cosecha... pero los graneros están repletos en la hacienda. ¡Adelante!

En medio de una planicie suficientemente extensa para causar la admiración de cualquier lechuza, hay un cerro de cono truncado sobre cuyo plano se alzan las chullpas de prieta roqueda. Están semi-destruidas, pero conservan aun la grandiosidad del pasado. Hablan con lenguas multicolores, si se les mira como a juguetes persistiendo en las arrugas de los siglos. Ellas, a pesar su conformatura semitrágica, son para el hombre divergente, adornos del tiempo, como aretes y cachiva-

ches de momias. Rectangulares, como toda obra inkásica, hacen pensar en una angustia superior a la risa, pero que llama a risa siempre, desde que la risa es canal por donde evacúan las cloacas interiores. En alto relieve hay tallados, dos pumas: son el símbolo de la libertad concedida por la Naturaleza a los hijos que se alimentaron de su sangre!

Que los temas musicales que el indio desenvuelve en su rústico carrizo obedezcan a melancolía, a tristeza añeja, fruto de mitimaes, imperio y conquista, podría ser una afirmación respetable para quien no presenciara el devenir andino y, lo que es más, para quien no hubiese sentido en sus inquietudes arder la llama oculta que es el mandato de la raza. El indio es de espíritu vibrátil, pero no bullanguero; la naturaleza es épica, pero no revoltosa. Y el huayño que ha sido hasta ahora interpretado como un ritmo bailable sin otra trascendencia, encierra cuanto ha pensado: en el momento de las cóleras vengadoras, es la representación completa de su poder y en la danza la invitación viril del mancebo fornido y florido. Acaso el huayño en ciertas actitudes describe la unción guerrera y siempre un ímpetu de dominio.

El marido de la Encarna, alguna vez hubo de pillarla debajo del ijar anheloso del mayordomo. Aquella vez vació toda su cólera. El mayordomo no tenía armas con qué defenderse. Tuvo que soportar el castigo del hombre. Cada porrazo parecía matarlo. Ese esqueleto primitivo daba la impresión de una maquinaria de muerte. El mayordomo pidió auxilio, pero ¿a quién?. El cornudo se lo prestó dejándolo semimuerto en el suelo tantas veces cómplice. A Encarna la miró con pena. Se la llevó reprendiéndola, amonestándola, casi con dulzura. Pero a los ocho días encontraron al mayordomo con la cabeza cercenada en su propia habitación, mientras el marido de la Encarna picchaba su coca habitual. Así permaneció hasta que se lo llevaron a la cárcel.

3

Todas las noches gime el viento entre las breñas, silba en el vericuetto, amenaza sordamente entre los pajonales. En sus chillidos alguien descubre pasos del huayño. Es a veces la canción pastoril, motivo de paz arcádica y el puñal que degüella y justifica.

En la inquietud pesarosa de la parcela cuán dulce y grato al espíritu

el discurrir cadencioso de la existencia animal. Cuando miramos, es la chita que balando busca en la conglomeración de carneros el pezón de su ubre. Sabe reconocer la voz de su madre, su dulce entonación. Esto ocurre al atardecer, cuando el zagal arrea el ganado al establo. Dios fraterniza con la luz dorada y la enciende de misterioso hondor.

¡Ah!. Entonces se comenzó a oír los breves, espesos rugidos. Ya, hacía el mediodía; para quien oye y sabe comprender, la pampa estaba preñada de cólera. Ya se oía el breve y espeso rugido:

—¡Phu! ¡Phu!

Compactos grupos de indiada, descendiendo los cerros, armados de garrotes, cuchillos, rifles, hondas, ya de noche, se aproximaban al caserío. En la hacienda se tuvo noticia tarde y luego se procedió a cerrar las puertas, armarse y mandar «propio» a la capital en solicitud de fuerzas de policía. La indiada se acercaba. Eso era evidente. Silbaron algunas piedras. ¿Quién comanda a los indios?. Eso no se sabe. ¡Alguien va!. Los phuttutos rugen con más frecuencia y en todas direcciones. Vibran en lejanías y como si la montaña recogiera la voz, se les oye bramar junto a los corrales de la alquería. El mayordomo está convencido que el ataque no tardará. Pero no sabe que cuando habla le están oyendo orejas enemigas acurrucadas en el fondo del patio. Antes que lo ataquen, pensando intimidarlos, parapetado sobre los techos y ventanas, vacía sus cartucheras. Entonces los indios brotan del suelo y se inicia la lucha. Ya se perciben los ayes de algunos heridos y en el reposo bestial de la noche el quejumbroso balido de las ovejas que rompen la estaca del redil y ciegas se echan a huir impelidas por el espanto de los hombres. La indiada trata de forzar la puerta principal. Ellos esperaban que se abriera pronto; pero ya han sido degollados los encargados de hacerlo. Presto se ve surgir una llamarada humeante dentro de las pajas de la techumbre y un alarido de placer y victoria enronquece. Los gritos se centuplican estentóreos y epilépticos. El fuego, en lenguas, lame los muros y se contorsiona en el espacio. Desde el mojinete donde se defendía bravamente ha caído uno de los hombres de la finca, uno de los malhabidos secuaces del gamonal. Ha caído entre las fauces, sobre el haz de leña verde, carne fresca para el kanchacho. Lo trucidan con desesperado gesto. Lo maldicen. Lo parten. No le dejan tiempo para confesarse, lo cual es el último dolor del católico. La puerta no cede, pero con felina agilidad se ha visto a un muchacho trepar paredes, el

ancho cuchillo en la boca sangrante, atravesar los techos entre las llamas y perderse en nubes de humo. Y luego nada. Sólo que la puerta gira sobre sus goznes y la ola furiosa invade el caserío. El incendio se ha propagado. El patio, donde acuchillan y machucan, quema como un horno. El mayordomo está tostándose en un rincón; lo buscan afanosamente. Hay montones de cadáveres. Los fusiles no dejan de vomitar agonías. Lloran las mamalas prendidas de sus amados cadáveres, cuando les cae un adobe del edificio que se desmorona. El muchacho de la hazaña que hubo de hundir su puñal cien veces en doscientos pesos, se bate como un puma acorralado. Su cuerpo no tiene un lugar sano. Le han acribillado las balas y muchos puñales se le han hundido. Apenas respira, pero es para levantar el brazo y enterrarlo en el primer obstáculo que encuentra. Le sangran las heridas. Los trechos del rostro que no ha manchado la sangre tienen una palidez de muerte. Ya abre los ojos con dificultad. Apenas puede proferir una maldición: ¡perros!. Se arrima a una pared. Se arde. Se muere. Él, que veía todo con serenidad y precisión, siente que le han campanilleado en el oído como si un campanazo fantástico estuviera golpeándole el cerebro. Ya no ve las cosas bien. Las ve borrosas. Oye una voz lejana: ¡Wawa!, ¡waway!. Pero la voz se pierde en la lejanía muelle y porosa. Está blanco todo. Se sonríe. Hay entre sus nervios un cosquilleo que le hace sonreír. Y luego amanece. ¡Cómo!. Sí, amanece. La noche ha fugado asustada. Todo lo ve de una claridad lechosa. Las nubes teñidas de un rojo de leche sanguinolento. Y nueva vez la campana y una voz que en la lejanía le dice ¡hijo! con dolor o locura. Y la mujer del encarcelado tirada debajo del perro mayordomo. Y se va Ud. para la feria con los pollerines vistosos y coloridos como aparato de fuego pirotécnico. Y otra vez la campana y un sueño que se está durmiendo hace siglos. Y alguien que pretende despertarlo en la cárcel está también junto a la burra de buena leche. La burra negra. ¡Qué tonterías!. Es Juez de Paz y se ha casado en San Juan el bribonzuelo. Se cayó la mula en el viaje a la montaña cuando el río le gritó su hambre desaforada y el sol por capricho se ha metido en la calceta de la vieja. ¡Ah, la vieja perra, es la madre del gamonal!. Y cuando era niño le gustaba el pan de la ciudad, tan blanco. Y las calles eran tan dulces y la Plaza de Puno azúcar. ¡Qué bien comen en la ciudad!. Y otra vez la campana y la voz que dice ¡HIJO!, y él que se sonríe porque ha hundido su puñal en donde hubo sitio. Y luego más

blanca la alborada y por fin se ha evaporado y no oye nada y nada comprende, porque él ha triunfado sobre todos y contempla su victoria cuando lo meten en la tierra envuelto en una frazada vieja de su abuelo. Pero ya no, ¡está muerto!

Vuelve el gamonal al terruño. Es recibido en la estación por la innumerable pandilla de sus asalariados, aunque no falten cuatro cholos altivos que vayan a sonarle pitos y latas a cambio de un cuartelazo de esos que dejan el cuerpo molido, pero honrado. Al siguiente día el periodismo local –casi suyo en absoluto, puesto que el que no se mantiene a causa de subvención fiscal, callándolo discretamente, por cierto, y en el colmo de la desvergüenza, lanzando papirotazos al amo que le hace desayunar, seguro de que su hijita no llorará hasta la Capital; el que no se mantiene así, digo, se desencorcha debido a sus dineros particulares– llámale conspicuo ciudadano, estadista de intuición, parlamentario elocuente e integérrimo, hábil político y, por último, hijo predilecto de la madre tierra, honra y gloria del campanario, e inserta los ardorosos y elocuentes discursos que prepararon dos semanas antes sus fieles y agraciados eunucos. Divinizan el menú, obra de arte sobre la cual escribe alejandrinos de corte modernista, según propia expresión, el poeta de la aldea, un paliducho señor, limeño por antonomasia, que tiene por alma una bacínica de hospital. Divinizan el menú y se lo engullen regiamente, sobre todo el poeta.

4

El hombre ante tantas visitas de gentes desconocidas, la mayoría de las cuales no entiende su idioma, se acoge a las rejas de presidio y mira con angustia mal reprimida, pero ahora con desconsuelo superior a la muerte. Todos, sólo le miran y pasan. Pero ellos no pasan para él.

—Por qué te han encerrado?

—¡Tatay!

—Has matado?

—¡Tatay!

—Has robado?

—¡Tatay!

Al cabo de pocos meses se le verá aparecer tras de las rejas mirando con cínica insolencia para relatar con frialdad los detalles de su crimen.

Ese cholo alto y fornido, de una belleza insospechable, es motivo de motivos para la generación de locos que hoy invaden el planeta. Allí el indio refina sus vesanías y cuando sale –jal fin sale, porque él sabe esperar–, es un bravo e invencible caballero de asesinatos y robos.

La agilidad de un lazo bien tirado tiene el río que desciende entre fragosas montañas, viniendo desde la apartada región de los hielos perpetuos. Mete bullas ensordecedoras de amplias sinfonías, brama y ruge entre los picachos, se desliza lento y suave en las pampas, melodiza y tañe entre las gramas de las moyas. A él se acogen los patos trigueños de plumaje tornasolado. Las pariwanas y los íbices fraternizan a sus márgenes engullendo el limo grasoso. Sus aguas no se utilizan para regadío. Pasan veloces hasta las hondonadas de los valles y más allá a sumirse en el caudal marino. Abajo es la providencia. Entre los hielos una lágrima de metafísico brillar.

Vamos a protestar en forma rotunda. El indio es la bestia del Ande. Y ha sido el constructor de una de las civilizaciones, o mejor, de una de las culturas más humanas y de más profunda proyección sociológica. Cayendo bajo la garra de España, el español le ha contagiado sus defectos sin dejarles sus virtudes. Le vilipendia hoy el mestizo, el blanco y el indio alzado en cacique. Esta extorsión no tiene ningún objeto progresivo. El indio es, por ahora, y en la hacienda, retardatario y ocioso; el blanco no lo es menos. Hay descendientes de español que poseen dos siglos, vastos latifundios, y no han llevado un tractor, un automóvil, algo que revele espíritu de progreso. El indio es ocioso; el gamonal, además de ocioso es ladrón, fatuo e ignorante. Nada le lleva entre manos, sino el alcohol para degenerarlo y el rebenque para humillarlo. Ninguna escuela, ni aun escuela de frailes que es en el Ande escuela de achatamiento, donde se le hace comprender la superioridad del «niñito». Ni el gobierno. El gobierno es el mayor gamonal de la sierra y a él se afilian los menores gamonales, para tejer la impenetrable malla del centralismo limeño. Mientras tanto, el indio, que es un hombre superior en mucho al mestizo politiquero y banal, perece en los llanos del Ande sin una esperanza de regeneración. Pero estos levantamientos son el anuncio de uno mayor que cundirá con proporciones dantescas luego que haya llegado el dolor a sus límites, para imponer, por vez primera un poco de justicia social y económica en los territorios de este vasto país de los inkas, el cual –así debe conocerse en América– es uno

de los que tiene mayores injusticias que remediar y más campos que sembrar. Es, pues, forzoso reconocer que estos llanos del Titikaka engendran buen número de anarquistas. Pero que todo ello cuaje en beneficio de una revolución humana, pues no hay que olvidar que cuando se nace en tierra israelita ha de ser para expandir sobre el planeta un nuevo concepto de justicia y ya no de moral sino biológico.

Monta el señor en brioso caballo de montura de caja enchapada de plata y se dirige a visitar sus dominios. El gamonal es buen ejemplo de sentido decorativo barroco. Lleva finísimo sombrero (el más caro para el caso), poncho de vicuña con guardas de seda, bufanda del mismo material finamente tejido, botas de charol y arcaicas, espuelas roncadoras (de oro). Nada ha evolucionado. Es el tipo del colonizador nubiano, religioso y fanático, torpe y ambicioso. Recogerá, instado por el temor de las habladurías, a todos sus hijos habidos en vientres de indias, para mandarlos a la Capital de la República, a los colegios, gozando de becas para estudiantes pobres. Visita a sus pastores. Muchos le recuerdan los pasados años de pillaje; él ha engordado; ellos están abatidos. Mira, cuenta, suma, multiplica. Tiene una mueca.

Efectivamente, no le engañaba el Administrador, los terrenos han sido agrandados.

Se felicita íntimamente.

Pero habría sido perder el don de gobierno que se le descubrió en Lima, si no comprendiese que nada hay más peligroso para quien manda que dar muestra de íntimo orgullo por los resultados que en servicio humillante le muestra tras de miserables afanes. El señor hace un gesto público de desagrado. Regatea el sueldo al Administrador, disminuye el fiambre de los chacareros, estudia un aumento de sueldo al abogado y ordena la prudente distribución de lechones entre la gente de pro.

Vuelve a Puno. Promete secretarías, subprefecturas, porterías, becas, subvenciones, títulos académicos; lleva consigo dos o tres muchachos pobres cuya mentalidad sea una esperanza para la Patria, y para comprobar la parábola de su actividad política, ofrece la plaza equis y una subvención de cincuenta por ciento de sus honorarios para las sociedades obreras. Y así, grave, onomatopéyico, ventrudo, retorna a la Capital. El Presidente, su amigo y cófrade, le guarda un Ministerio. La sombra del gamonal en la provincia toma entonces proporciones

fantásticas. Allá su vida pasa de antesala en antesala, del W. C. al comedor de un ininterrumpido banquete, hasta que un buen día se le revienta el abdomen y el Ilustrísimo Arzobispo de la Arquidiócesis le canta un responso en do mayor... Su periódico de la provincia se enluta, las condolencias son generales, cívicas. El Administrador de la Hacienda está desorientado, pero a fijas íntimas sabe cómo va a proceder: el ganado será arreado a buena distancia, y luego... El Prefecto sufre un ataque cardíaco. A los secretarios profesionales se les vuela el apetito; pero el indio, en la cárcel, se sonríe: acaso ésta feliz coincidencia sea el origen de su transfiguración!

En verdad los profundos secretos de la cosa pública han sufrido una interrupción penosa. Hay que hacer nueva máquina. El gamonal, personalidad impulsiva, una formidable capacidad intrigante, hombre de rápidas determinaciones, ambición inagotable y gran estampa teatral: vientre bello como la giba del monte, dentadura como las muelas del molino, ha pasado, y definitivamente, por las perspectivas del poblacho provinciano, dejando la certidumbre de una ausencia opilante. Nadie podrá continuarle. Ha reinado con derecho divino. Nació para mandar y todos le han obedecido. Sus extensas propiedades se repartirán entre sus nullos descendientes. Las tierras tendrán un nuevo propietario y una vez más se alejará la esperanza del indio de volver a la posesión de sus heredades. Para el departamento comienza una nueva vida.

Ya nadie sabe lo que vendrá después.

TOJJRAS

*A Roberto Latorre, fuerte espíritu,
pensamiento generoso.*

Utilidad de las palabras

Nina está enferma de los pulmones y tose a cada rato que parte el alma.

—¿Tienes mal el cerebro, Nina?

En las facciones demacradas, la tez cobriza adquiere una trágica acidez. Su historia es breve. Dejó la tierra de sus padres, hará diez años largos y nublados. Tiene 28. Se la llevaron sirvienta de casa adinerada en población tentacular. Inició la pendiente en brazos del amo de la casa, resbaló en brazos del “niño”, el celador y el criado, por fin, le mostraron la callecita del prostíbulo... Fresca, fuerte, buen embutido indígena, con lentitud, pero firmemente, se debilitaron sus tejidos, hasta que el pulmón vanidoso y potente, dio albergue al bacilo... uno, tres años, y del hospital donde se podría, se alzó para retornar a la chujlla nativa, en el ayllu riente, de aires limpios, de aguas terapéuticas...

—Sí, sí, espera, la tos sobre todo. Fíjate, mis pobres ojos irritados, llenos de sangre. Es el cerebro.

Me callo. ¿Qué podrá consolarla? ¡Pobre tutatuta! Demasiado conozco su mal para intentarlo.

Sigue la balsa deslizándose sobre los llachos. Las aves, hundiéndose el cuello para hacer la merienda, reman hacia la orilla. El sol se ha desviado del zenit. Nos da en la cara...

—¡Qué Sol, qué Sol, Nina!

—Me arde la cara

La sangre ahora invade tus mejillas. Estás graciosa...

—¡Me ardo!, ¡me ardo!

—Es la debilidad del cerebro. Espera. Allá... recuérdalo. ¿Ves? Al fondo entre los llachos, ¿distingues? Son las karachas. Si las tomaras, tu pobre cerebro renacería...

—¿Verdad?

—Nina, Nina, la verdad, la verdad: las karachas curan la tos.

La pobre mujer miró profundamente en el horizonte. Cerró luego

los ojos retintos, grandes, sesgados, bellísimos.

La estreché la mano con una piedad sólo comparable con mi dolor.

—¿Lo crees, Nina? ¿Lo crees, Nina?

Ópera

Apoyó la mano sobre la roca áspera color de hueso. Los cinco dedos de su mano se dibujaron sobre la roca áspera color de hueso. Rebrillaron al Sol facetas perla, eran conchas de moluscos fosilizados. Las conchas rebrillaron a través de los cinco dedos de su mano en una simple melodía.

Su alma le dijo:

—Runa wayna...

Nada repuso él. Sus ojos miraban sin ver. Desde la montaña en que estaba no percibía, no quería percibir el aliento del ritmo.

—¡Runa wayna!

Como si fuese una antigua solicitud al fin colmada, pero sin apremio, con dulcedumbre, en paz, respondió entonces:

—Alma, mía, ¿Qué me quieres?

Con acento uncioso de madre, su alma le dijo:

—Chiquillo: ¿Vas bien?, ¿nada te hace vacilar en el camino?, ¿sufres?, ¿quisieras, acaso, dormirte ya?, ¿sabes de dónde vienes?, ¿quién eres?

—Alma, ¿sé, acaso, quién soy yo? Y no conozco mi deseo.

La montaña, revestidas las formas de su espíritu, un poco semejante al anciano y dolorido Glauco, luengas barbas de plata vieja, ojos de serenidad, voz de rito, clamó con largas y profundas voces en el trueno:

—¿Por qué dudáis que os pueda acompañar en una charla de amor, si soy un locuelo rapaz de espíritu alegre, amante de doncellas y de besos? Mi quietud os engaña, porque no veis en el laborioso mecanismo de mis órganos. Os sustento, luego vivo, ya que soy función.

El alma le miró con el sentido de lo bello.

—Alma de Cántaro, ¿por qué te aturdes? Tú ignoras si vives...

El muchacho urgió la chispa de su lámpara.

—¡No digáis más! ¡no digáis más! En vosotros se detiene la sucesión: el límite clarifica en vosotros.

El alma sentenció:

—Naciste para el armonioso vuelo de un momento...

Y la montaña, como si le quedara en los labios el sabor de pasados idilios, agitaba sus alegres brazos músculos.

—¡Leed, viejos! ¡fetos, analizad!

En ese instante fúlgido, la vida era la permanencia del movimiento, proveniente de la inmovilidad estática de una voluntad superior al pensamiento; el Tiempo, grano de esa voluntad en quien, merced a eficacias de arte incomprendido, se veían palpar el principio de avance y el principio de retroceso. Fluía del ambiente esta consoladora parábola: En aquello que tiene apariencia la muerte, germina el movimiento superado en esencia. Un pueblo que se detuvo, es pueblo que viene. El hombre, un temblor de futilidad...

Génesis

Las cordilleras, desperezándose del sueño cíclico, se alegraban en las primeras auroras. Era el principio de la vida... Icona, el Teutl azteca, congregó su divina y numerosa prole:

—Chiripia, dijo, diosa madre, seno prolífico, tú, Tierra, pura y fecunda, sé la primera en acudir a mi llamada. Venid luego a rodearme: Tlazoutl, hacedor del espasmo, dios de la lujuria; Ometochtli, el que vendimia los lagares, propicio a la embriaguez; Viteilopuchtll, amigo de las gentes de guerra, primera lanza en las batallas, Teutl irascible, Bacab, generoso amigo de la prolificación, dios tutelar de los hijos nacidos de mujer; Estruac, el de alas transparentes y finas, amigo del aire y de la nube; Tlaloc, monarca de las aguas, conductor de las mareas, y tú, hijo predilecto de mi hueso, ¡Oh Quetzalcoahatl!, reformador de las costumbres, pastor de hombres... Oídlo, el mundo acaba de nacer, con su flor de luz y sus talluelos de alegría. Caed, caed hijos míos: cada uno siembre su espíritu y todos modelen sabiamente la parte que les toca en la estructura del hombre. El que construya tenga manos de sembrador y corazón de jayán... Bacab, sé diligente, Viteilopuchtll, siembre el dolor y la muerte. Quetzalcoahatl, sobre todo escombros levante la grandeza de los pueblos futuros. Sea Chiripia, permanente en los frutos...

A manera de aves golosas los dioses cayeron sobre la patria azteca.

... Y al sur de la Tierra, los hombres viejos tallaban grandes piedras,

con un sabio sentido de eternidad. Miraban mucho, hablaban poco, trabajaban siempre. Quedaron sus monumentos, pasados los tiempos por venir, sólo en memoria de una época oscura y misteriosa. Se le llama Tiwanaku, porque allí se dejó caer desfallecida la energía creadora. El Titikaka copia a veces los dibujos simbólicos...

Y es su solo nombre profunda jubilación perenne que florece el principio de una alegría en labios del hombre sin antigüedad renovada, brote del instante.

Parábola de la utilidad

—Las virtudes de mi sustancia, dijo el Matakllu a la Kantuta, hiciéronme algo de lo que apreciaban los Ingas.

Y repuso la Kantuta:

—Verdad dices, Matakllu; pero no niegues que en el ritual sagrado fue mi sitio.

—Eras la preferida del Inga, la insignia de su estirpe, sí; pero no negarás tampoco el poder de mi espíritu sobre algunas deformaciones de la vida. Yo produje milagros que hacían llorar.

—Te refieres a Yawarwaka?

—A él.

—Cierto; le prestaste gran servicio, servicial como eres, Matakllu.

—Bellos eran sus ojos como el cielo que tiñe el arrebol que anuncia la helada. Bellos y tristes, como hermosa y digna de Viña-wayna, la victoria sobre los Chancas.

—¡Gloria al joven vencedor! ¡Cuán desmedradas andan las cosas, Matakllu, que ni yo vuelvo a coronar testas de héroe ni tú recobras tus virtudes!

—Nos queda el recuerdo.

—Agitémonos en él.

—Para que el recuerdo vivifique, encerrémonos en la contemplación de nosotros mismos.

—Las cosas se agradan cuando se las mira en el fondo de sus pequeños mecanismos.

—¿Vives feliz?

—Feliz, no: ya no sirvo. En la utilidad se encierra la dicha.

—Mi utilidad es mía. Depende de mi propia aplicación. Que fui

feliz en otras épocas, sí; pero ahora también lo soy. Mi utilidad está en que me realizo todos los días.

—¿Qué piensas de mi destino?

—Nunca te veo inútil... ¿y tú del mío?

—Siempre te veo útil.

—Haz complementado mi tiempo. Es un esparcimiento de alto linaje, hablar contigo, Matakllu...

—Asimismo, amiga Kantuta, me has traído algo que siempre falta: la utilidad del instante. Me siento feliz. Diría que he devuelto la seducción de unos bellos ojos há tiempo marchitos. ¡Mi alegría crea en la luz que me envuelve y viste de color!

La verdad en el viento

¿Comenzamos? ¿Nuevamente? ¿Habemos de comenzar siempre? ¿Cada día? ¿Cada hora? ¿Pero está seguro alguien de haber comenzado alguna vez? ¿Lo que tiene principio existe?

Oigo el canto del viento...

Wayra-orko. Eso era la montaña pajiza, —dice el Viento— nido, cuna, fuente, origen de vientos... Un ala del viento helado pasó rozando el techo de la chujlla. Las pajillas se resquebrajaron dejando paso al viento. Dentro estaba la familia acurrucada sobre tarimas de tierra, cubierta con mantones de tejido avasca, cernidero de fríos. ¿Pensaban? Intentemos saberlo. El padre tenía cincuenta años, de morir grandes deseos y creciente afán de sembrar nuevos surcos. La madre, buena de ánimo, era dulce de palabra y suave en la acción. Al mayor de los hijos, pomposamente, le llamaba: León. ¡Titi! ¿Qué haría éste? Hasta allí fue manso y robusto. Cuidó bien de las bestias y madrugó él primero.

Wawa-wayra. Vuelve a decir el viento. El manso y tibio y suave relente; el que viene cálido y afectuoso, saturando en el aliento de la campaña aromada. El viento de la primavera. El de los días claros de Sol. Primer azar de la Citua Raime. Viento que oyó risas de niños, voces de niños, gritos de niños. El viento de las ayas, el espeso y tranquilo viento de la Mamakunas. El viento, amador de ovarios y de polen. Cariñoso con las ubres, que da placer i contento a todas las paridas. Viento sanguíneo. Viento de fecundación.

¿Nuevamente?

La noche es arcano –torna a decir el viento–. Todo es noche. En la noche se ven los cerros alzarse cuan montones de basura que son la ansiedad hacinada en la Tierra, índices absortos clavados en la frente de Dios. Se piensa en él, mirando la pampa, porque Dios es el largo vacío imprescindible, la esterilidad que produce. Se ve con las pupilas radiosas de la lechuza, cabe la chingana cuyas hondas profundidades parpadean de ignorancia y de coraje... y todo está así, como lo ves: hoy, mañana, ayer... eso es haber comenzado en cada una de las pulsaciones del Tiempo, medida máxima, que todavía no ha sido concebida.

Y en este punto recoge el viento sus cuchillas veloces...

Parábola de la alegría

La amplitud desierta retumbaba con el mugido del toro padre...

—¡Mugí! ¡Mugí!

Como está lejos la invita arañando el suelo.

—¡Mugí! ¡Mugíiii!

La testa grávida se yergue buscando en el viento el dulce olor.

—¿Vamos a buscar florecitas, Malica?

—¡Martincho! ¡Martincho! ¡Martincho!

—¡Que sí! ¡Que sí!

La vaca contestaba desde el corral de la chujlla:

—¡Múu! ¡Múu!

Los chicos se internaron en la hondonada de los kollis, a través del secano; y hasta las piedras estaban vestidas de fiesta primaveral. ¡Qué de menos ellos! Ambos adornaron sus sombreros con flores de willitika y sankayo.

—Él es bruto, ella consentida— pensó el kolli. Vienen juntos y, desde luego, caminan juntos; pero así como vinieron se irán. ¡Uno! ¡Dos! Martincho, él; Malica, ella... ¡Uf, pestilencia! Pastores de cuchis se roban la miel de las abejas... Acaso pronto regresen: ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! Martincho, Malica, Martincho, Malica...

Por excelente que parezca el lenguaje del awicho, no lo entendieron Martincho y Malica. Martincho le arrancó de un tirón la rama más jovial de la fronda y el viejo se lamentó justamente herido. ¡Pero ya Malica estaba preñada!...

¡Chiwá! ¡Chiwá! Dando saltos acrobáticos sobre las piedras, el

chiwanco pitaba febril.

—Es alegre la vida —decía— porque se puede saltar con ella y se la puede cantar!...

Mientras trituraba hojitas del renuevo el achaqo pensaba:

—¡Hay alegría cuando hay abundancia!

De rama en rama cantaba el kelluncho de pecho encendido:

—¡La alegría es don de la inocencia!

Y flores, animales y cosas, entonaban jarawis para la alegría de pies ágiles.

Esta es una de sus parábolas...

El toro bramaba ¡mugí! ¡mugí!... La vaca respondía ¡múu! ¡múu!

La muerte del cabecilla

Un largo camino le quedaba por hacer. A la saliente del pueblo, morralla del Tiempo, el cerro dibujaba su cresta rebelde, y al fondo se desesperaba la ciudad antiquísima lamentándose en las campanas de sus torrezuelas... ¡San Pedro de Juli! Vieja afición de frailes y gamonales... ¡Él salía destinado a tumbarla toda, desde sus cimientos! A pulverizar la carpa de sus casas destartadas. A eso le mandaban los comunarios. Para eso viajó repetidas veces al Limas. Y a lo mismo salía esta vez, y saldría mil si fuese necesario. Nadie estaba a su lado, mientras sus ojos esperanzados contemplaban las hileras de casuchas y los mojinetes de jichu. Su mujer y sus hijos quedaban ¡esperando! en la chujlla junto al nevado...

¿Qué te harás ahora, Emeterio Champilla?

¡Ah!... ¡El kelkere! Es mañoso el bribón, pero tú le conoces sus triquiñuelas; has aprendido a conocerlas; a puntapiés te enseñó a que las conocieras... ¡No hay miedo! Engañarte ahora no es fácil, aunque a decir verdad tampoco sería raro si te echara tierra a los ojos.

Y caminar, caminar... acullicando la kuka de los tristes; alto, membrudo, de ojillos de vizcacha, al andar, se le ensanchaba el tórax y temblaba la musculatura de sus muslos de piedra.

Así llegó a la Prefectura, al Obispado. Ahí, reverente y macizo visitó al periodista, al abogado, al proindígena. Ante todos expuso la ferocidad con que se roba las tierras de comunidades; la brutalidad con que se trata a los miserables indios, peones y alcahuetes gratuitos del

gamonal. Le dan oficios, le regalan promesas, una sonrisa, una mirada de estupor. ¡Ah, y si él no estuviera habituado a tanta basura! Pero, en fin... ¡Al periódico! El periódico... La publicación que abre esperanzas en el corazón del sunka. Ya le preguntarán: ¿Y qué has hecho? ¡Aquí está la “publicación!”... ¿Dónde? ¿Dónde? ¡Aquí!, ¡aquí! El papela, el perrudicus... Y para rematar la aventura, reúne a sus corifeos en la tienducha, y pide cañazo...

—Sí, ahora sí vas... Pero esta vez judemos. Lo que dirán los mistis. ¡Ah, yo también puedo algo! Lo mal es que el comunarios no sabes entender estos. Hasta ahora estás gastando mis platas... ¡Ah! ¡Ah! Cuando lo hablé con el Presidente Limas... Todo lo ofreció. ¡Y nada! Veremos, veremos...

Está fiebrolo. El alcohol le hace algún bien. Al salir de Juli estaba triste y sudaba frío... ¡Weino! Se levanta y se despide. La mañana es clara, como siempre. Ha avanzado una milla y siente que sus piernas flaquean y que se le revienta la cabeza. ¡Ya no poides más! Se arrima a una chujlla a pedir hospedaje. Se lo dan, claro. ¡Cómo se lo iban a negar, viéndolo judido! Pero se lo dan con desconfianza, con recelo. No lo conocen, no lo conocen.

—Así viniendo desde el Juli, tata...

¡Está cortado por el aire! Mate de primavera para sudar: violetas, claveles, pensamientos. Flores de panti-panti. Sobre todo flores: aire, cielo y nube, pampa y ventarrón, agua y berros y corazón de jampato para el mal aire del sunka.

Pero se arde.

—Mañana tempranito si vas, tata... No tengas el cuidado. Esto no es nada. ¡La barrigas también dueles! Vine reclamar garantía contra gamonales. ¡Tata!, ¡tata!, reclamando mucho tiempo... Todas partes has ido. Algunos consejan quejar presidente gringos...

Ya le miran de otra manera sus huéspedes. Hay un tácito acatamiento. ¡El cabecilla! ¡El mensajero! Pero Emeterio Champilla se siente sin fuerzas para todo y más para movilizarse al amanecer.

Pasa la noche apretando los dientes por no quejarse. ¡Habría sido temeridad fastidiar a gentes desconocidas! En un jergón piojoso está acurrucado oyendo la plácida respiración de sus amigos. Pero cuando ve asomarse las luces del sol por la ventana liliputiense, como vidrios biliosos, grita; no puede más... La noche ha sido una pesadilla intermi-

nable. Todo el infierno se le ha metido al estómago. A veces quería gritar, o quizás gritaría, pero nó, se lo atajaba la vergüenza. De vez en vez le silbaba el aullido del chokollo penetrante y doloroso. ¡Qué frío dulce haría en la pampa! Paciencia, paciencia: ya se levantaría y volvería a trotar camino de San Pedro de Juli, para irse a su chujlla, al pié de los nevados, a ver a sus wawitas, a su llokallo, el Julicho, tan pendejo...

Pero la fiebre aumentaba. Le manaba sangre de la nariz. Y luego, como un relámpago, le dijo el corazón que iba a morir.

¡A morir! Y allí, y cuando tal vez era conductor de la salvación para la comunidad ¡qué suerte wiswi! Pero evidentemente se moría. No había quien lo atajara. Siquiera estuviera a su lado el achachi del ayllu para cortar el mal. ¡Algo le habían hecho los mistis! Y no se engañaba, algo y mucho le habían hecho: lo tiucaron como los sapos...

—Yo creendo, tata, si has judido... Hacéme el caredad entrigarlos papeles mojer... Estás veviendo ayllu Suchurijampato, cerquita nomás del Tatacora...

Y se estiró. Su cadáver está enterrado en la pampa de Kancharani, y nada indica su presencia. Tenía dos cicatrices de bala en la cara y una en la pierna. ¡En Ayohuma, el cerro blanco, dejó bien muertos muchos gendarmes y cachacos. Pero, todo para nada... Quizás después... Acaso sea su hijo, el llokalla Julicho, tan pendejo!

Hiperbóreos

Pero no tuve otro conocimiento con la familia de León. Sólo la vi una vez. Había nublado sobre la pampa y yo venía de fiestas pataleando de embriaguez en los carrillos del alba. El ayllu me recibía con ladridos; yo le daba mis gritos y mi tórax. ¡Pocas veces me quedo atrás!

—¡Guá! ¡Guá! ¡Guá!

—¡Oóo! ¡Oóo! ¡Oóo!

Un ala de viento helado pasó rozando el techo de la chujlla; las pajillas se resquebrajaron dejándole sitio. Adentro estaba la familia acurrucada en poyos de tierra, cubierta con mantones de tejido avasca, cernidero de fríos.

Sacando la cara de gesto fiero, gritó el padre:

—¡León! ¡León!

Su voz ronca se enlodó en el silencio.

Tenía sesenta años, pocas ganas de morir y muchas de sembrar todos los surcos del ancho mundo.

Por la ventanilla enana la madre asomó dos ojos de una mirada fiel.

—León... ¡Leoncito!...

Vieja de buen ánimo, era dulce en la palabra y suave en la acción. Tampoco pensaba en la muerte. La eternidad andaba a su lado en cada una de sus wawas...

El relente madrugador le obligó a entornar los párpados. Venía afectuoso saturado en los alientos de la campiña aromada. ¡Viento de primavera, de claros ojos! Viento niño, amador de ovarios, amoroso viento de las mamaqunas...

Airosa y altiva, refregándose al viento que le abraza los muslos, salió también Auquilla, la phasña, hocico verde, y la teta atrevida por los campos en flor. Sembradora de pájaros cantores, tienes risueño el sexo, dulces son tus caricias, mamay!

Gritó a su vez:

—¡Leoncito!... ¡Guá!... ¡León!...

Debajo de su corazón de mimos, Siliqito, vociferaba en el regazo de su madre:

—¡Lelón! ¡Lelón! ¡Lelón! ¡Lelón!...

Reposadamente se acercaba por el ojo del cielo, Lelón, el indio forzado.

El mitmak

El vasto territorio del Tawantinsuyu, poblado de gentes varias por educación y origen, a pesar del cuidado de sus monarcas y kamayojs, era fecundo semillero de estrabismos morales. Los chacareros atribuíanlo a los jóvenes de la Corte cuyo aliño rivalizaba con el de las ajllas de dulce y delicada belleza. Y el Inka que no dejaba de lamentarlo mandaba consultar en la asadura del llamo sacrificado, inquirendo por el remedio.

En buena porción los hombres eran diligentes y las mujeres caminando por sendero limpio descubrían las ventajas de la honestidad. Unos hacían las usutas; otros hilaban maravillosamente lana para el cumpi.

Pero esto no le tranquilizaba. Ninguna preocupación era mayor

para él que la relacionada con la enfermedad de sus jóvenes...

Solía mandar a grandes voces:

—¡Mata! ¡Descuartiza! ¡Ahorca! ¡Quítame tan feas costumbres!
¡No des tregua a tu severidad!

Y los servidores tornaban desconsolados.

—¡Anka phaway, tatay!

—¡Tatay, Apu Inti! Imprecaba al Sol: Padre mío, aconséjame. Al verle pasar los chacareros detenían su labor y él los bendecía con sonrisas paternas. Se estaban disponiendo a sembrar. Hundían la tajlla unos, otros rociaban excremento; las mujeres dejaban caer las semillas y cubrían los surcos.

Y pensó el Inka:

—El wano entona al polvo y el grano crece... ¡Gran sabiduría de los achachilas! Ya nada produciría Mamapacha si el hombre no la ayudara, ¡hasta ella pierde sus buenos recursos!

Obsesionado llegó a la finca donde lo esperaban los Amautas.

—Los signos revelan que tus antepasados mezclaban los pueblos de su dominio, para que estando separados de sus lugares olvidaran sus vicios, contagiándose las virtudes del gobierno...

No cabía duda. Las palabras del joven lector de kipus eran la voluntad del Sol.

Cierto día preguntó:

—¿Los kollawas son ya sumisos al destino superior del hombre?

—Ahora son bravos y duros, como siempre, tatay, Apu Inka, pero además son alegres y están sanos...

Otro día con aire imperioso ordenó:

—¡Echad kollas al ayllu corrompido!

Los kollas dejaron sus lugares, su lengua tosca y sabia, los riscos ásperos de su tierra, los fríos intensos de sus noches, el rayo y el trueno, la parquedad de sus chujllas... ¡Y la tibieza de sus valles albergó simiente de hombres serios!

Ya entonces el mitmak era fórmula para llegar al hombre cósmico.

Kaka

Apoyé la mano sobre la roca color de hueso. Mis cinco dedos se dibujaron sobre la roca áspera color de hueso. Brillaron al Sol moluscos

fosilizados. Las conchas de moluscos, a través de mis dedos, dijeron una simple melodía. . . .

Mi alma clamó:

—¡Runa waina!

¿Qué responder? Mis ojos miraban, pero nada veían; desde donde estaban no percibían la pulsación del ritmo.

—¡Runa waina!

—Alma mía —contesté— ¿qué me quieres?

Mi alma, mi buena alma casta, preguntó:

—¿Vas bien, chiquillo? ¿Tiembles? ¿Sufres? ¿Acaso quieres dormirte ya? ¿Sabes dónde para el viento? ¿Quién eres?

Por largo rato zambullía estas preguntas en el lago hondo y salobre del horizonte.

—¡Desconozco mi deseo, alma mía, y no quieres que me ignore? le increpé, trémulo. . . .

La montaña o su espíritu vino en mi auxilio. Revestía la forma de su pensamiento, achachila colérico: ojos que tienen serenidad; música que se vuelve palabra.

—He aquí una charla de amor —dijo— digna, por cierto de amable compañía. . . .

Y al ver que me tomaba el espanto:

—No te inquietes, chiquillo —profirió, en una carcajada de torrente—. No te inquietes; toda mi pesada barriga, vieja de nutrición, siempre madre de nuevos abortos, vale bien una espiritual cachaza. . . . Soy como tú, un locuelo rapaz, amante de doncellas y de besos. . . . ¡Cuántos hímenes desflorados conocieron mi naturaleza en la doncellez florida! Tengo el espíritu alegre: ¿no ves en el laborioso secreto de mis órganos? ¡Sí, puedo sustentarte, vivo y funciono!

Mi alma le miró con el sentido de lo bello; pero hacia ella embocó esta vez sus cornetas solares:

—¿Por qué le aturdes, alma de cántaro? ¿No sabes que la ignorancia es principio necesario a la vida? ¡Si vives, ignoras!

Mi alma, mi buena alma casta se alejó inmersa en el lago salobre de mis ojos. Me llegaba su voz, pero yo la sentía ajena. . . .

—Tú, el ave del armonioso vuelo; —gritaba, alejándose, alejándose— tú, la marioneta que presto desaparece. . . .

Tócame entonces en suerte la palabra gritada y azotada de la

montaña disforme, de la montaña que se alzó desde mi niñez al pie de mi cuna, canción plañida en el seno materno.

—¡Lee; analiza, feto!

A grandes gritos vociferaba la montaña:

—¡Naciste para retener la eternidad! ¡Eres la afirmación del viento, germen de palabra! ¡Tú llegarás a dios, con sólo ejercitar el pene! ¡Engreído, eres un engreimiento de tempestad y un principio de relámpago!

El horizonte temblaba de una intención de sexo. El instante tenía chispa fúlgida. La vida accionante provenía de la estática de una voluntad superior al pensamiento. El Tiempo era grano de esa voluntad. Lo que avanza y lo que regresa eran entonces comprensibles. Y supe cómo el árbol inmóvil, camina. Pueblo atajado, es pueblo que avanza. Hambre que no gime, devora... Y el hombre, este temblor perpetuo de futuridad, clavado en el áscua de la noche como el sabañón en el trasero del asno. . .

Sensación del ídolo

Es un bosque henchido de luceros a la hora de la primera alba. La humedad palpita en el silencio. Roncan el insecto fosforescente y el cuadrúpedo que se lame la garra...

La penumbra parece cuajarse del hombre.

Me acerco a un bloque de granito. Lo examino, mudo. Nace una pregunta en la pureza de mis ojos. Pero el viejo achachilla no sabe satisfacer mi curiosidad. Patentizo un deseo de evacuar. Mis lágrimas se han evaporado. El sudor no está. Una mano de hielo se posa en la vejiga: orino, a gotas...

Unos le atribuyen conocimiento del Porvenir, don de palabra otros.

—¿Qué será?

—¡Las wakas ya no hablan!

Se suceden las generaciones. Se gestan nuevos tiempos. Vienen ideas descoloridas, brillantes se van ¡y la piedra presente en la necesidad del hombre!

El hijo del idiota —yo soy el idiota— tropieza con el burdo tallado. Lo atienta; lo sigue en su figura imprecisa y se aleja danzando...

—¡Tatay: es un hombre, un hombre!

¡Wawa! Waway, sí, es un hombre! Aceptamos en el dios la intención de nuestra forma... pero, en verdad, somos otra cosa honda!

Animales diáfanos

El anciano jilakata de Jutawilaya, después de sondear su conciencia, halla que el delito de que acusan a Puka, padre de Pegrito, merece un castigo ejemplar. Desterrarlo del ayllu, por cochino, ¡lapidarlo! Pero hace tiempo que dejó sus mocedades y se resuelve a visitar al delincuente para informarse de sus propios ojos... ¡A él no lo forzaban chismes ni habladurías!

Es el Warayoj.

Cruzó el zurriago sobre el hombro, tomó las varas de la ley y, mientras pausadamente sacaba de su chuspa hojitas de kuka, meditaba:

—¡Animal! ¡Este Puka un animal! ¡Animal!

El cielo de tierna limpidez. . . .

En la pampa la tierra se hacía ócre, y entre la verdinegra alegría de los papales, brincaban las florecitas sonrosadas. Las florecitas blancas, las flores amarillas y azules. . .

—¡Es un loco!

Loco... Llamó gente sobre la perka. El incestuoso se le apareció. Detrás estaban su hijo y la mujer de su hijo.

—¿Es verdad lo que dicen, Puka?

—¿Cuál, tatay?

—¡Que tú y la mujer de tu hijo! ¡Aquélla!

—¡Tatay!. . .

—Ah! No puedes negarlo. . .

La mujer se ruborizó y el marido bajó la vista, pero todo sin más que un ligero estremecimiento, que bien podía decir: ¿y tú por qué te metes en cosas nuestras?

La mirada del Jilakata tenía una sugestión irresistible. Era sereno y su voz grave.

—¡Tengo la ley! Son éstas las varas de la ley... Habrá que resolverse a respetarme, a oírme, a obedecerme... ¡Puka! ¡Puka! Aunque lo quisieras no podrías negarlo. Tú mismo te acusas. ¡Cometiste la cochinidad! A tu edad duermen los ardores y se despierta la experiencia. ¿Qué van a decir los majtas, si sus padres son más atolondrados que

ellos? ¡Eres la vergüenza de los viejos!

—¡Tatay!

El hijo refunfuñó lanzando una colérica mirada sobre el Jilakata.

Quemaba. La tierra humedecida desprendía áspera vaporación que sensualizaba los hocicos.

Por los corrales se oyó gritería de llokallos... ¡Era el becerrillo subido a las ancas de la vaca!...

El Sol no se escandalizaba... Amoral y frenético, continuaba el fornicio...

El levantamiento

Dirigimos hacia los cielos una mirada de gran poder. Objetivizamos el paisaje y lo enfocamos. Porque es preciso hacer algo. Aunque sea literatura vanguardista. La pampa es amplia, amplia como la amplitud mayor del cielo en los amaneceres.

Corramos a darles la noticia.

—¡Matewa! ¡Matewáaaa!

—Tata, tata, aquí estoy ¿qué quieres?

—Salimos del mal paso, tata! Debemos ir a Choruma, a darles la noticia... ¡Se ha hecho la revolución, y esta vez en beneficio de todos! ¿Me entiendes? De todos, de todos...

—¡Guay! Non creendo, tatay!

—¡Es la verdad, Matewa, hombre!

—¿Cierto, tata? No lo crearán los chorumas. ¡Tantas veces viniendo estas noticias! Y se llevaron los wanakus, las wawas o las mojíeres! No lo crearán churumas, tatay... Pero, a ver, contalo, tatay... ¿Cómo ha sido?

—Ha sido fácil, Matewa... Se alzaron los pueblos y gritaron hasta pelear con jusiles. ¡Cuántos muertos! ¡No sé cómo estoy vivo! Sería cosa de haber estado pensando... Pero ya está todo, todo. Los pueblos alzados invadieron las casas de los presidentes... hasta no dejar uno de la familia. Ahora todos somos pueblo. Ahora nosotros ordenamos el reparto de las tierras. Cada ayllu tendrá su escuela, su hospital, su cuartel, su teatro... Pero este cuartel no será para matar, sino para vivir contra los que nos matan! ¿Estás pobre hasta ahora, Matewa? Pues bien, ya sabes: ¡esta tierra es tuya! Y todos los terrenos que necesitan para vivir, tú, tu mujer y

tus hijos, todos esos terrenos son tuyos! Estén donde estén: aunque sea en el cielo! Te lo digo con autoridad: ¡me han mandado!

—¡Mojjsa jama, tatay! Vamos a avisarlo... ¡Ahora sí hay buena noticia!

Partimos corriendo en dirección de Choruma. Se alborotan los chaiñas al vernos pasar como vienteillo de cosecha. Choruma está recostado en una hondonada de la cordillera. Se le advierte a la legua por sus manadas de allpakas y el ladrido interminable y lejano de sus perros. Acercándose, el montoncito de chujllas se asemeja a una parvada de allkamaris, y eso que los allkamaris nunca andan juntos... Pero tampoco andan muy juntas las utas del ayllu sunka!

—¡Chorumas! ¡Chorumas!

—¡Waj! ¡Waj! ¿Qué hay?

—¡Tú, Chipana!

—Sí, yo

—¡Toca el puttutu! ¡Choruma! ¡Choruma!

—¡Phúuu! ¡Phúuuu! ¡Phúuuu!

Saltan los chorumas de sus utas. ¿Qué hay? ¿Qué hay?

—¡Tierras, sunka! ¡Tierras!

Se juntaron los chorumas en la explanada del ayllu. Media pampa hormigueaba de hombres, mujeres y niños. Todos sentían la alegría bélica que da el gemido del cuerno...

—Ha sido que los pueblos se resolvieron a conquistar su justicia, y han hecho tabla rasa de todos los doctores que estudian la ciencia, y peormente la practican, de matar a unos en provecho de otros; de dar pan blanco a los blancos y mollete de afrecho a los indios... ¡Ya no hay esos doctores! ¡Ya no hay esos presidentes! Ahora somos nosotros, sunkas, dueños de nuestro pedazo de kispíño. ¿Entendido? A ver... ¡a las tierras! ¡Tierras para todos! Pastos, agua...

—¡No tenemos agua, tatay!

—A la obra, chorumas: ¡Un canal de cien leguas! ¡No importa! Y para transportarnos, pondremos automóviles. Para la escuela el mejor sitio... Allí, al pié del cerro: ¡Una gran casa, como en Tiawanaku! ¿Teatro? ¡también! Hemos vencido desde que no hay präsidentes limas! Ahora tendremos presidente sunka, chorumas...

Bueno, pero falta una cosa: ¡trabajar! Lo más grave: ¡el principio!

La multitud se replegó a sus utas, para vivir. ¡Ya llegará la hora de probar si vive!

LOS FUERTES MUCHACHOS

(A Ricardo Alejandro Cuentas)

I

No lo olvidaban. El más insignificante motivo traía al recuerdo la historia macabra. Cercanos los días de Navidad, precursores del Carnaval, volvían a ser motivo de entretenimiento tenaz para los niños y de rabia para los viejos. Siempre que había ocasión lo refería el abuelo al amor del fuego, con acento trémulo. Y le festejaban todos, y todos le oían... En el apretado desfile de imágenes, brillaban armas, ejércitos innumerables, el Poderoso Señor del Cuzco llegando con sus preferidos guerreros, indomables murallas para la defensa de su divina persona, diestros en flecha y honda, poderosos en el manejo de la maza rugiente, de la clava ágil e impiadosa, armada de dientes de cobre, artefactos diabólicos que rajan y aplastan cráneos con la sencilla facilidad con que revientan gusanos de sementera al peso de una pezuña. Desde esos lejanos tiempos databa la odiosidad. Y aún hoy se le cultiva con moroso contento. Tiemblan los ancianos como las palabras de maldición que balbucen y los jóvenes prometen castigar la felonía o conservar la tradición con el mismo entusiasmo de los viejos, cuando el tiempo curve y agoste el espinazo intranquilo.....

El awicho de los Quespe, mordía las palabras

—Son ellos, los Condoris, los asesinos del awicho. Jamás lo olvidéis. Es mi orden, como lo era de mi padre, cuando, como ahora, en las tardes lluviosas, nos reuníamos junto al fogón. No olvidéis nunca. Había paz de combate en estos rincones. Mandaba el pillo; el malo dominaba. De pronto, como cogido de mal de frío, tembló el achachila en su cuerpo de piedra, y, por el lado de la laguna, apareció el Inga. Ante su grandeza se humillaron todos. El fuerte y el débil: más el fuerte que el débil. De sus guerreros era el awicho. Por su dulzura de palabras y su dureza de guerrero le tomaron amor las gentes. He ahí por qué, con grave disgusto de su señor, se detuvo levantando una casa frente al nevado, y allí formó su hogar con una joven de estos sitios, hija de famosos allpakeros, dueños de nobles animales de pelajes finísimos. No lo olvidéis nunca. ¡Una tarde que el viejo subió a mirar las nieves se lo comieron los Condori! esa sangre tiene que cobrarse con la sangre de los

perros. Mi padre refería brillándole los ojos, rechinándole los dientes que daba miedo...

—Tatay —preguntaba el joven Antuco— son estos Condoris, de acá, del otro lado, los que mataron al awicho?

Los mismos. Todos ellos. Cualquiera de ellos...

—El Rigorio, también?

—¡El primero, hijo!

II

El grano se siembra, sea de buena o mala gavilla. Sí, y se ha dicho además, y no sin fundamento serio, que familias próximas son también enemigos próximos. Un surco linda con otro surco, y no obstante alargarse paralelamente, se encuentra en el afán de las raíces, todos los días, transmitiéndose el secreto de su mal o de su bien. El odio es un grano, también.

Quisquilla epidérmica, pretexto banal, al fin coagulan en el fondo de una casta hasta hacerse elemento de vida. Vago resentimiento cuyo origen apenas se conoce, pero que a diario interviene en toda actividad humana, en la formación de todo intento, sin excluir aquellos que parecen sustraerse a influencias pasionales.

Y era lo que podían aseverar unos y otros. ¡Se odiaban! No se busque más razones. Lo importante es saber, en momento excepcional, que se ama o que se odia. Los Condori no amaban a los Quespe; los Quespe odiaban a los Condori —con la fiereza de gentes sencillas y agrestes se puede tejer una urdimbre de complejos pasionales. Y esta dramática odiosidad, tenía todos los caracteres de una obra elevada y compleja.... Por ahí se hablaba de muertes, de sangres venidas en calaveras mondas. Por más allá se aseguraba que unas voces humanas tienen la virtud de soliviantar el deseo de acabarlo todo, el mundo inclusive. ¿La piedad? Nada más risible y en momentos de este género, no entran sentimientos negativos. Todo es ímpetu, horro y desbocado. Torrentera. Puñal clavado en el guargüero. Túrdirga que ahoga al miserable indigno del aire limpio, en sangre enemiga, sangre que bien colma, que no colmará mejor nunca.

Es tal vez por esto que los hombres matan, mas la sed de venganza, de odio práctico, acaso con la muerte no encuentra su última satisfacció

Seguiremos matando con miradas fúlgidas, punzantes. Cada gesto renovará un asesinato, y en pensamiento seguiremos matando por obedecer la voz de ese odio que es una sustancia de la vida.

III

El desfiladero corre parejas con el río. Allí solían encontrarse los muchachos. Sus veinte años eran una pujante ambición de acaparar las riquezas del mundo, en allpakas, vicuñas y pacovicuñas, pero sobre todo de reunir bajo su atenta vigilancia las riquezas de sus vecinos. Antuco Quespe, quizá como el abuelo lontano, distinguíase por la faz cobriza y delicada, aunque siempre dura e insultante en el lineamiento puro de un perfil aquilino. Rigorio Condori, torpe tallado en piedra áspera, gordote y mofletudo, miraba con ojos boscosos y tenía fácil la sonrisa para los que mandan por la ley o con la ley en su poder. Ignorantes de sus tragedias seculares, del odio concentrado en el interior de sus espíritus, si se hablaban, lo hacían con indiferencia; si se estrechaban, se estrechaban sin sentido. Siendo niños se amaron...

Un día, sin embargo.

Antuco llegaba masticando las palabras del viejo. Ese modo de odiar le era desconocido ayer, algo así como una desazón mordiente, un deseo de insultar a alguien, de maltratarlo... Al venir a su encuentro Rigorio, estuvo a punto de echarlo. Bruscamente le interrogó:

—Te ha contado tu padre que tus abuelos se comieron al mío?

Rigorio, de tan fácil y tonta sonrisa, contestó:

—No, Antuco: cuándo?

Antuco repitió la leyenda ante el asombro del muchacho que a su vez se tornó silencioso.

Se separaron.

Un día, sin embargo, corrió, escapado del redil, una orkoallpaka —macho de las alpacas— del predio de Condori a los terrenos de Quespe. A esa violación de derechos sexuales saltó otra orkoallpaka, trabándose inmediatamente una lucha a dentelladas y escupitajos. Ambos muchachos festejaron la hazaña, sin obstáculo mayor, con grandes risotadas, pero luego en la porfía de apartarlos, se encontraron los puños crispados. Revolcáronse en el suelo, entre las matas de paja punzadora, sin ahorrarse dientes y uñas con qué herirse mejor. Pocos minutos antes no

habrían sabido encontrar un pretexto suficientemente poderoso para castigarse con la saña que entonces.

Por ellos habrían terminado allí. Más fieros que las bestias celosas, seguían destrozándose con alegría salvaje en la soledad silenciosa, bajo de la presencia de las montañas de almas zahareñas, vengativas, mientras, calino, el cielo amenazaba llover....

Separadas las alpacas, estaban lejos, paciendo. ¡Ya no eran amigos! Rigorio corrió en dirección de sus tierras. La voz antigua triunfaba de la voluntad juvenil. Corrían hozando el aire con fatigoso aliento. Se hacían grumos en la sangre borbotante de sus heridas. Por su parte Quespe untaba saliva en las mejillas machucadas, viendo a su antiguo compañero huir en precipitada y pávida corrida.

IV

La familia de Rigorio maduraba su odio para vaciarlo corrosivo e implacable. Corrían varias semanas. La fiesta del Carnaval estaba próxima. Debía esperársele, pues ella cobija protectora toda venganza largamente acariciada. Nadie antes lo haga, nadie apure su cólera. Cuando llegue habrá llegado la oportunidad de cobrar deudas. Por ello Carnavales asoma con los primeros frutos de sembrío y coincide con la tinka y marca del ganado. Ellos esperaban, sabían esperar. Ellos pensaban, con dureza, con sólido esfuerzo sabían pensar. Los mayores –porque los Condori perdieron los padres– mugían su desesperación y su impaciencia, obstinados en afirmar que aquel odio era una locura de esas gentes. Nada habían hecho para que se les desee la muerte, para que se les aborreciese tanto. Pero ya que hurgaban en sus nervios, “harían un escarmiento”. Robarían todos los ganados, incendiarían las chozas, ahorcarían tan mala calaña. Rodeaban con frases alentadoras a Rigorio, por ser el hombrecito único soltero aún, protector de las hermanitas abandonadas. Por eso esperaban, por eso se encolerizaban.

Esa capacidad para la esperanza del rencor es un fenómeno de la tierra. En la Puna Brava, donde sólo se ven los hielos de las cumbres cintilar al reflejo del astro, la pampa grisácea en su enormidad fantástica y los pequeños campos adyacentes a la chujlla llenos de terragones estériles, enfriados, como todo, por el aire que punza las agujetas de su hielo implacable, el habitante tiene la animalidad señera de sus huanaco

y sus costumbres, siempre o casi siempre, son misteriosas y bárbaras. La contemplación ininterrumpida de esa naturaleza, las condiciones de su vida mísera, parecen atrofiar la ingenuidad de su espíritu, tornándolo receloso, suspicaz y meditabundo. No da flores ese espíritu, como esa tierra tampoco. Flores de uno y de otro son brotes de fitogenia alegre, jugoso engendro de la primavera, inocencia del mundo. Esa tierra dura, tierra metalizada, tallada con cinceles ciclópeos, no da flores; da garras. El azul ha hecho del hombre un ser sintético y definitivo, enfermo de vértigo, loco de altura... El desierto pajizo le dio el sentido del silencio, quizá el único que nos aproxima a Dios.

No descuidaron los Condori las provisiones para la ch'alla. Cuando fueron a la Ciudad, a Puno, a vender sus lanas, trajeron buen cargamento de alcohol, chancaca, maíz, cebada, especies de todo género; desde garbanzos hasta caramelos y chucherías con qué pagar a la tierra. Pallares, cochayuyo, incienso...

La mañana del primer día de Carnaval, se realizaría el acto solemne. Como los Condori son huérfanos, llamarían a algún venerable pariente, o en su defecto, al brujo, para la dirección de la ceremonia. Extenderían al amanecer las primeras luces, la fina istalla de tejido pulcro, al centro de aquel de los canchones más grande y prócero, si cabe proceridad en pesebre donde no nació Cristo alguno. Sobre la istalla se rocearían las especias indicadas, en cuadrado. Al centro no faltaría la "mesa". Todos los parientes y algunos amigos rodearían ese tabernáculo asentados en el suelo con las piernas cruzadas, como yogas envejecidos en la oración. Y el pariente venerado o el brujo, en su falta, recitaría la letanía de súplicas dirigidas a las divinidades circulantes, habitadoras de las montañas, las cuales, si en su monte se confundieran con los yesos católicos, en verdad a nadie admiraría. Al contrario, todos mostrarían devotos aspectos y quien tal vez gimiese compungido. El anciano o brujo, alzando en su diestra mano un puñado de coca, la dejaría caer sobre la istalla oteando presumido en los signos que las hojas le revelasen, profiriendo palabras, recogidas luego por los circunstantes con trágica avidez. Cambiaría, de uno para el otro, sitios de las especias, poniendo la "mesa" ya junto al arroz para que haga abundancia, ya junto al ají para que arda la malaventura de los enemigos. Por fin, un mozo vivaracho, abriría un hueco junto a esa istalla, para enterrarla, significando con ello que junto a la "mesa" que

es un burdo tallado en blanca piedra berenguela, representando una manada de allpakas unidas entre sí, se enterraban para servir al patrimonio familiar, felicidad y abundancia, junto con castigo y justicia contra los enemigos. Y en efecto, el sacerdote formaría un atado y así enterraría, satisfecho, el embeleco, desde ese momento trocado en penates propicio.

Enterada la chuhua, que es así como se llama a esa ceremonia en palabra aimara, el mismo oficiante, poniéndose de pie, ttincaría, teniendo en una mano, contenidos en concha marina, vino y aguardiente. Se acercaría a los rincones del canchón, dejando caer gotas para pagar la sed terráquea y evitar su venganza. Sólo esperarían eso para servirse asados y otras comidas como esa para ellos extraordinarias, con el marakoco, especie de pan sin leudar, frito en aceite, y que probablemente recuerda al sagrado Sancu, amasado para la Citua Raime por las manos púdicas de las Vírgenes del Sol. Mientras los de edad mayor comían, los chiquillos y las mozas se ocuparían afanosos y bullangueros en colgar de las mismas orejas que pocos momentos antes cortaran para enterrar en pequeños fragmentos en la chuhua, caitos, como aretes, de colores vivos y diferentes, especialmente a los orkoallpakas, genitores de la tropa...

Y se visitarían las familias recíprocamente, deseosas de acompañarse en el religioso intento de hacer favorables a las divinidades, participando para ello por breves momentos de las chuhuas y sus alegrías, excluyendo sólo de tan tozudo hábito a aquellos de quienes se guardara sentimientos fuscos, crueles, capaces de merecer, al contrario, una actitud furiosa, para lo cual sería una ocasión excelente la llegada de la gran fiesta. La deuda podría así resarcirse en formas humanas, sin violentar el curso manso de las horas. El ayllu reclinado en la ladera y en parte desperdigado por la pampa animaríase de músicas saltarinas cuyos sonos viajarían de uno a otro extremo en brazos del vientecillo azotador. He ahí que su jolgorio pastoril le daría en esos momentos la animación de una vida incisiva... En varias explanadas se insinuarían bailes en ruedos, al son del pinquillo, mientras se enarbolara, sujeta a un largo palo delgado, la bandera del Perú, que el indio cose y recose de retales, sin concierto o con una candorosa certidumbre humana, de que las banderas pueden ser cosidas de cualquier manera, y que de cualquier manera que se las cosa siempre

resultarán banderas. Banderíos. La rinconada ralmente boscosa por tres o una docena de kollis abatidos, o la mambla, como un tumor, avivaríanse con los grupos de gentes de ropajes coloridos, particularmente las mujeres que habrían echado sobre sí, para tan fausto objeto, todo un pesado vestuario. Los mantones de Castilla, lumíneos de luces gárrulas, despedirían sobre un fondo uniforme, monocromo, rayos de chispería bárbara. Pero, a pesar de ello, o por ello mismo, habría una sensación infantil como si el panorama fuese alegre chiquillada dominguera. Y acaso, y sin acaso, esto fuera lo cierto; porque el hombre luego que el alcohol encalabrina los timones de su voluntad, tras de bazucar con inocente grosería en el líquido pérfido y divino, como niños que juegan a la tumba-tumba, hace aquello que se ha llamado una acción de matar y de beberse la sangre de la víctima ¡Sangre de hombre bebida de la misma vena! Cuando una sangre de esas corre, mía o tuya, el indio no la deja: la bebe. Y hace bien. El gusto por las materias orgánicas pertenecientes al hombre, data, y no es muy antiguo, de un caprichillo de Jahvé, cuando hartado de corderillos tiernos, quiso probar las nalgas de Isaac, el resignado.

Y bien. De todas partes se verían llegar pintureras filas de indígenas. Seguiríanles como siempre, la mujer y los hijos, al ritmo monótono de los instrumentos músicos, de manera que a medida del crecimiento diurno se harían más compactos los ruidos.

En breves silencios, afilados y trágicos, atravesarían la pampa los ladridos de los perros guardianes.

A ese punto comenzaría la pelea de flores. Los varones de un extremo del ruedo iniciarían el combate echando amarillas flores de huillitica a las hembras de su opuesto lado, hasta quedar confirmada una lucha nutrida, indistinta y férrea. Cuando ella arreciara se formaría una fresca tolvana primaveral sobre el montón humano, cuya jocunda sobaquina sinfonizaría bien en el ritmo sereno de la Naturaleza-Madre, y luego, cogidos de la mano, floreales, adornados sombreros y monteras, danzarían los fáciles bailes indígenas, mientras diríanse breves gritos, como espasmos, al reempezar un giro, o al cerrar un escorzo, a la extenuación de esguinces, los vuelos de los polleritos y las dulces actitudes hieráticas...

—¡Wifa! ¡Wifa!

Desprenderíase el círculo en cordón, para alejarse, a pequeños paso

de danza, las hembras detrás del macho, aquellas haciendo breves remolinos, acompasados por suave voz de una canción vernal, como ella, insinuante y nostálgica, mientras el macho gritaría la palabra mágica de la alegría.

—¡Wifa! ¡Wifa!...

Al discurrir en fila rítmica, destacarían los floreales adornos de las muchachas y en los hombres el legui a cuyo extremo atarían frutos redondos como membrillos para simular golpes de una lucha ilusoria.

Así en la oscura hornalla de la raza, se evidenciaría la poderosa voz del pasado, cuando ellos nada sabrían de otro pasado que del presente único.

VI

Pero pronto la atención iría convergiendo, hacia un grupo, primeramente reducido, enorme después, en el centro de la pampa. Las hileras de bailadores se encaminarían a ese punto, sin descomponerse, hasta que habría sido difícil distinguir, hundidas en las montañas, pequeñas manchas de color, agitándose con pesados movimientos de báscula, y serían aquellos grupos amartelados por el alcohol, una cosa doliente en la explanada ya llena de un oro intenso, y por ello las sombras invadirían la extensión mientras el sol fulgiera sobre el fastigio de las nieves con su habitual cachaza, orificando las perspectivas de líneas perfectas con destellosa acrimonía.

Entonces ya sería la tarde. El grupo cada vez más intenso se abriría en rueda del que comenzarían a dispararse floreales cachiporras. Sonarían los parches sin compás. Pinquillos chirriarían doquier. Y el bullicio ensordecería con sus apuradas voces de ancianos y de niños, de mujeres y de hombres.

—¡Wifa! ¡Wifa!...

Mas, de pronto avanzarían dos muchachos semidesnudos y colocándose al centro se mirarían con imperioso gesto, no exento de júbilo y traviesa importancia. A esa aparición se elevaría grito famélica, tan resonadora que se haría obligado pensar que en ella se agitaban pequeños duendecillos musicales.

—¡Wifa! ¡Wifa!

Viéndoles frotarse los músculos con alcohol mezclado en coca que

ellos mismos escupirían, parecieran púgiles masajeando sus carnes para la lucha. Estarían ebrios. Sus ojos no podrían adquirir, a pesar su insolencia acometiva, la firmeza de una mirada en su potencia subyugante. Brillaríanles las retinas con vaguedad enfermiza. Serían los fuertes muchachos, aún con ello. Los tórax revelarían una igual respiración. El abdomen habría perdido en ellos la curva de toda celulación adiposa, los hombros llenos y duros. Los antebrazos vigorosamente desarrollados contrastarían con molledos infantiles. Poseerían la elegante flexibilidad de un arco, las pantorrillas educadas en marchas descomunales. Los pies de una perfección clásica, sin callos ni torpes deformaciones, descansarían con la serenidad de un basamento de granito. Borrachos, y de pie, uno frente al otro, núbiles, con algo de angelical en las mejillas, el cuerpo bañado en verdinegro alcohol por los tintes de la coca, al reflejo solar parecerían dos estatuas de cobre inmovilizadas, ante ese cúmulo de facés anhelantes, desorbitadas y bárbaras.

—¡Wifa!... ¡Wifa!...

Se haría un silencio bronquial. Sólo la sangre enardecida por el nelumbo alcohólico martillearía en las sienas. Y uno de ellos, breve, insólito, proferiría esta sola palabra:

—¡Pega!

Pequeña finta. Brazos a jarras. Pecho exultante. Mirada clavada en las nubes viajeras.

Tomaría el contrincante con las dos manos la vara de que vá sujeto el zurriago e iniciaría un castigo rítmico, certero... Castigaríale las pantorrillas lo primero, los brazos luego, las corvas, los muslos. Cada golpe dejaría un cardenal haciendo temblar las pulpas. Debería permanecer quieto, sin el menor gesto de tuición ni de cansancio, y menos de dolor. Estoico sin pestañar, lo mismo que el mancebo antiguo soportaba las pruebas de la waraka. Estirpe de Inga Roca, que en luchar y correr, tirar la honda, arrojar lanzas y en todo ejercicio de músculo aventajó a sus contemporáneos. Y allí también, sino por el espaldarazo insigne, aquellos muchachos se castigarían el cuerpo, como los pujantes corredores, a quienes, según asevera Garcilaso Inga, “heríanlos ásperamente con varas de mimbre y otros renuevos en los brazos y piernas que los indios del Perú traían desnudos para ver qué semblante mostraba a los golpes... Habían de estar como insensibles”.

Unos a otros se turnarían los varones en edad de merecer el respeto de sus iguales, porque sino para detentar el título de orejones, los jóvenes de esta región se castigarían para testimoniar su capacidad varonil.

De pronto se vería aparecer a Rigorio Condori, y, atropellando a la gente, Antuco Quespe. Se mirarían. Sonreirían. Y pronto se alzaría un runrun delator, pues la enemistad habría sido conocida.

—¡Los Condori!

—¡Los Quespe!

Antuco daría la prioridad. Se inmovilizaría luego.

—¡Pega!

Arderíale aún a Rigorio la cuera propinada en la reciente follisca. Por eso, sin la seguridad de los anteriores, descargaría una lluvia de garrotazos mortales, pero el impávido chiquillo, por quien toda simpatía se haría manifiesta, no daría muestras de existencia sensorial.

Miraría? Cuando se tienen los ojos así, inmovilizados en un gesto bruto, los ojos ya no miran, los ojos matan, matan de una puñalada, de muchas puñaladas consecutivas, eléctricas.

Rigorio habría de ser recogido casi muerto.

VII

Y sería la noche. La celada que prepararían los Condori había de abortar, porque Aulico, pariente suyo, y enemigo de ellos, más aún que los Quespe, camandulero, ofreceríase para llevar a Rigorio, tan completamente ebrio y molido como estaba. A través de las tinieblas, cauteloso y felino, arrastraría a su primo lejos de vera seguido por el grupo familiar, con el fin –sencilísimo– de beberse su sangre... Afirmaría Aulico que los padres de Rigorio robaron a los suyos una partida de alpacas tiempo há y que había llegado el momento de recuperarla en la sangre del heredero. Pero ebrio también, no sabría escoger el lugar sigiloso que le permitiera un degüello sin contratiempo importuno. Ataría a Rigorio de las manos y le tiraría como a una piltrafa.

Silbaría el viento recio, helándose en los ventisqueros zarcos a cada parpadeo del relámpago. Frío como ese detendría la circulación de la sangre, y ni el alcohol sería capaz de neutralizarlo porque allí se volatilizaría hasta parecer un caldo apenas ardiente. Apretujada de

oquedades la inmensidad grandiosa se limitaría con murallas de sombras a pocos centímetros de los ojos. Y en ella los retrasados buscarían las rutas de sus hogares, después de un gran día de chupa furente.

Antuco, perdido de los suyos, buscaría entre las pajas el cintarajo claro de su camino. Pero no estaría por donde iba. A su frente se multiplicarían caminos y voces.

Entre ellas percibiría una, clamando auxilio.

—¿Quién llora? ¡Serán las almas, Antuco...!

Pero ante la insistencia, extraería de su cerebro nebuloso la idea del socorro, y correría enarbolando el zurriago, tras de las almas.

—Quién es, quién es?—vociferaría.

Una sucesión de relámpagos simultáneos, seguidos de retumbos, diluiría viscosa claridad sobre la planicie. Y vería Antuco a un hombre disponiéndose a hundir el cuchillo en el guargüero de otro tundido. No esperaría más. Agitando el garrote lo descargaría sobre la nuca del asesino, y éste pesadamente, caería, inerme, los brazos abiertos, las pupilas desorbitadas. Y se haría silencio. Antuco arrastraría, luego, con el cuerpo del hombre a quien salvara.

—Las almas, Antuco? Sí, son las almas, Antuco...

Pero nuevos relampagueos le harían conocer el rostro del gordito Rigorio. Y se reiría, se reiría.

—Rigorio... Rigorio...

Entre carcajadas alzaría un guijarro, y machucaría el cráneo con alegre simplicidad.

—Rigorio... Rigorio...

VIII

La nevada de toda la noche cubrió el paisaje. Bajo el cielo blanquizco no se distinguía la mole azul de la cordillera, de sus penachos blancos; ni la pampa de las chujllas... Sobre el abundoso pelaje de las alpacas, se amontonarían plumillas de hielo. Lejos, una punta de vicuñas rasga la blancura en carrera fugaz y fluida. En las perccas de los corrales en las ramas de los kollis la nieve gravitará también en un sueño absoluto. El sol, lejos...

Supay, el demonio de todas las mitologías, el empresario de Fausto,

aquél que sostuviera la debilidad de la carne, cuando el Señor se mostraba orgulloso de su siervo Job, y en quien el tiempo es una hierba que se mastica por fastidio, y el orden de las cosas y su razón lógica, patarata y simpleza, presente a esa hora, con el frío impiadoso, saltó desde el interno calor de la tierra a la neutra celestía del cielo.

Su estampa reluciente de metales en cocción, nueva vez produjo el viejo y no olvidado alboroto.

—Señor, ¿te orgullece todavía el hombre? Anoche en un rincón sin importancia se ha derramado sangre sin cuento. Y tu obra magnífica, LA VIDA, no merece al rey de la tierra aprecio alguno...

—Pero el hombre, por eso, no deja de ser perfecto, respondió el señor.

—El hombre, es perfecto cuando destruye?

—Sí: posee la perfección que era la esencia de su propio ser. Es el demonio. Eres tú mismo, mi obra mejor.

—Y si ello es así, Señor, por qué me desterrásteis del cielo?

Por qué era necesario a mis propósitos.

—De manera que el hombre mata porque se lo permitís vos?

—Lo permito en ti. ¡Mata!. Bien sabes que esto no pasa de una ingenua mutación sobre la perspectiva de los crepúsculos. Mutación de funámbulos en la aureola de mi intención. El hombre hace bastimentos de odio para buhir su acero y componerme la plana. Cree que la vida es mi error. Buena es esa creencia. Odia, por ello: y he ahí que esa es su sola fuerza. Si yo hice el hombre, el hombre mismo se suprime, porque se agita con una conciencia unitiva y dominante que yo le di. Se rebela y a veces triunfa de mí. Sus triunfos son mi júbilo como es suyo para el padre seminal los de su hijo. Tal la perfección de mi obra. Yo le hago; y el que procede de mi impulso, y se agita, sujeto a mí, mecánicamente, triunfa a veces sobre la fiereza de mis breques...

—Permíteme sonreír de tu bonhomía, Señor. De manera que el Hombre mata hoy por distraer tu neurosis, y tú, después de haber desterrado en él hábitos enjundiosos, como los holocaustos carnívoros que eran de tu irresistible predilección, les impones ahora, tal hacen los caciques bárbaros, determinado número de víctimas, pues así resuelves tus planes. Esto, en verdad, puede ser muy ingenioso en tus arcanos, pero a lo que adivino sólo persigues en ello alejarme de tu lado para dormir tus siestas plácidas.

—Tentador... dijo el Señor y sonrió con encantadora indulgencia.

Con pasos medidos, en actitud penserosa, descendió Supay a la Tierra, y nuevamente ebuló el diablillo de la omnisciencia en el Hombre, grave prodigio de prestidigitación, que iguala al HOMO BESTIALIS con el HOMO CIVILITAS.

EL KAMILI

...Veo un cielo profundo, tata Ulogio, y a ciertos caballos de piel fina que, hendiendo la dirección de la tarde, lo atraviesan a galope. El espectáculo me sobrecoge, y quedo atónito, sin explicármelo.

..Ahora uno de los caballos se dirige hacia mí: aterriza. Me ofrece su grupa y aunque nada entiendo de lo que pasa soy poseído de una espléndida alegría de salto. Hasta entonces la tropa de caballos etéreos se pierde como un punto de polvo en el horizonte. Mi lindo caballo castaño corre, corre... ¿Hacia dónde? Hemos cruzado pampas inmensas, quebradas (el layo familiar que hociquean los kuchis); kollis y keñuas se suceden con sentido humano; vale decir con voz de hombres. Por fin cubrimos cordilleras albeantes, cuando veo dibujarse, en el ojo de llama, la silueta de un ave gigantesca que singla hacia nosotros. Esta presencia late en mis nervios. Pero a momentos se aproxima el kuntur en vertiginoso vuelo y a momentos un lento planeo de extraña cadencia hace suponer que graves motivos le detienen. Contengo la respiración el tiempo que va de un crepúsculo a la noche. Es entonces que se acerca, tan cerca! Amaina de pronto los remos y se para en mi brazo... y en esta postura seguimos el viaje indirecto, mientras mi tejido muscular tiembla por algo “nuestro”, más allá de las nubes, o acaso más cerca del corazón de la semilla, región por donde se despeñan los amaneceres y se desencadena la trenza múltiple del agua llovida, así el kuntur agita el plumón y se me va volando la tristeza de irse al cielo. Conservo su nostalgia pero obedezco al instinto del viaje y me interno a las llanuras de la costa ¡Nos hemos dado con el mar! Descendiendo arribamos a un poblado sórdido, sin color. Ha perdido el aire el ocre genésico de los Andes. Las casucas en cuyas espadañas unos gallinazos hacen pulgas, no se parecen en nada a las chujllas serranas. Una cierta inexpresión les comunica el miedo del vacío... Pero he aquí que se acerca una mariposa de alas maravillosas bañadas de alborada y el khomer-kenti del bosque, hermano del uturunqu. Vienen llenando el aire de palabras. Vibran aún mis oídos con el recuerdo de esa voz. El brazo, rama enteca, dejada de trinos y de actos desde una ausencia sustancial, solicitó la garra y el pico del loro, y ellos acudieron a él como a su centro.

Desde su eminencia me instruye.

—¡Viene! ¡Ya viene! ¡Ha pasado a los astros! ¡Se cansa! ¡Pero no!

¡Está a la vista! ¡Míralo!

En grandes espirales, desciende, desciende a posarse en mi brazo húmedo y alargado de lágrimas. Estamos en paz. Khomer-kenti vuela a mi hombro y ya juntos los cuatro —el hombre, el caballo, el loro, el kuntur astral—, descendemos para meternos en la habitación de mi hogar.

Bueno. Una cosa así oyó tata Ulogio, una cosa de semejanza.

—¿Y qué será todo esto, tata Ulogio?

Mientras vuelan las hojitas de quqa, el pako mira con asombro y señala estupendos sucesos...

—¡Necesitamos uturunqu! ¡Tú y él! (jah, él!) están amarrados por el amor! Se necesita el uturunqu, para que el mal de amor se vuelva en bien de ustedes....

Medita.

—La wawa de tuqu que se metió en tu casa...

—¿Quién te lo dijo, tatay?

—...es el kuntur que anoche viste en tu sueño, y el caballo y el loro, los animales que tratas como herejes y que así y todo te sirven para adelantar tu vida. ¡Pero si no desatamos el hechizo cualquier día saldrás volando por sobre las nubes hasta caer en la chingana! No te burles...! A ese rato te habrá llevado el karisiri!

—Uturunqu, tata Ulogio?

—¡Yaa! sebo del uturunqu, del montaña.

La silueta del joven sabio se delinea en el claro oscuro; desata sus mil envoltorios, se da importancia diciendo en voz baja palabras incomprensibles; con genuflexiones repetidas rózame las manos que tengo alargadas sobre la istalla litúrgica. Y finalmente me ordena cerrar los ojos... Con los ojos cerrados oigo el chirrido del grillo, como quien le hace venir desde el matorral y algo que entonces se parece al llanto de una criatura recién parida.

—Es el kirki, dice tata Ulogio, el kirkincho llora por ustedes. Es decir el kirki se lamenta por nuestra suerte, ruega porque el mal se trueque en bien, el dolor en alegría, la ausencia en presencia y esto todo amargado de desesperanza en fe, certidumbre. La posición de plenitud, algo que purifica el agua turbia del riachuelo como un vientecillo agudo que barre el polvo y nos deja cielo transparente, mórbido, rebosante de claridad.

¿Pasa una hora? No lo sé. Estoy bajo el imperio del yatiri. Pronto

me manda abrir los ojos y me enseña en un pedazo de trapo sucio, lo que esperábamos todos. El sebo de uturunqu.

¡Cuánta paz metió en nuestros pechos la presencia del sebo de uturunqu! A su misteriosa eficacia ha encomendado el kamili la curación de mi mal. Pero de dónde es el uturunqu, o, a fin de cuentas, qué es el uturunqu? He aquí la pregunta escéptica. Responderé que nadie lo sabe. Se habla de él como de ser mítico, o cuando más se describe su grandor eminente, a cuyo lado, el kuntur abierto en cruz, resulta un miserable killi-killi. Pero lo que deba hacerse con el menjurje lo sabemos yo y tata Ulogio.

Tata Ulogio es el sacerdote de la quqa, oficiante de la sauca, divina plasma de la cultura religiosa del Titikaka.

La diáspora de que enfermó el imperio Tiawanaqu avienta gérmenes en la región interandina originando entre otros grupos a los kallawayas que resultan así herederos de ciencia esotérica del Apupanaka. Las innumerables ceremonias de sus cultos referidas superficialmente son el cuerpo de una inocente prestidigitación, pero viéndolas con hondura adquieren mayor trascendencia o más inquietante significado. El yatiri frota el tokoro en la superficie plana de una piedra y produce sonidos sordos como el vuelo lejano del kuntur. Invoca a Wirakocha, dios astral o meteorológico, propiciador de la lluvia, o concita al Achachila a presentarse para la declaración de los signos.

Los que mueren no se van, dice el kamili, porque antes hay que satisfacer al Achachila tutelar, darle las ofrendas a que es merecedor... El Achachila es el espíritu de la montaña, o, en último análisis, la montaña misma, empinada y acérrima, en cuyas varias apachetas hemos sido múltiples veces vencidos por la cuesta, o acaso lo inaprensible, invisible y oculto, faz interior de la naturaleza, y por ello mismo, en el ser, lo más sutil de su composición obrando como adivinamiento o fuerza imponderable. Sólo así el doble pasará a las regiones de su nueva conciencia, o sea la maravillosa transmigración que los kollas preparaban a sus muertos proveyéndoles de cuanto en vida satisfizo sus necesidades... Cómo haya razón profunda para encontrar la lógica de estas creencias, quizá sólo sea posible aplicándoles interpretación teosófica!

Al enfermo de grave mal recetará el kamili, primero: conjuración

del hechizo, ya que es cosa sabida que toda enfermedad proviene de un desequilibrio en las funciones orgánicas, en que actuó la fe mala de los enemigos, en muchas maneras y entre otras, en forma de pensamiento que compromete el encono de la naturaleza. Luego vendrá una frotación con sapos, culebras, ranas, todo animal que viva pegado al pellejo del suelo, y según sea el mal, con ropa de uso diario y particular del paciente, puesto que es admisible que el mal se albergue en la piel junto al vestido que la roza continuo, pero en cualquier caso la curación cumple solamente el primer periodo si consumada la ceremonia no se echaran los medicales servidos a la corriente del río o al laykakuy a fin de que la tierra, paridora y tragadora como es, cargue con el mal y lo filtre... Llegó aún a afirmarse que si alguien osara pasar por tales sitios antes que el sol sature el aliento del aire, se llevaría el daño que a esas horas es una vaporación maléfica sobre el polvo. Con el Sol que desinfecta –y que desinfecta lo sabemos– los gérmenes morirán alejando el temor de contagio.

No cabe dentro de artículo la explicación de tales ideas. El panorama es vasto y complejo. Recuerdo haber presenciado en Chillora, ayllu de Capachica, extraños ritos de día de difuntos.

Tiempo llegará que se afronte definitivamente el esclarecimiento de nuestro indoamericano acervo filosófico. Lo que puedo adelantar ahora es que la familia del difunto se reunía en torno al sepulcro cubriéndose a la vista de los extraños por una kesana, y que esperaba levantar el espíritu del ausente incitándolo con el olor y sabor de los alimentos que en vida le agradaron. Con igual sentido y parecidos ritos celebran el “Nakjayaña” los aymaras de la cordillera. Un cuadro interesante de esta costumbre tiene la firma de Antonio Rodríguez del Valle, de hecho pintor titikaka, y uno de los constantes y talentosos investigadores del folklore puneño.

El valor documental y sintomático de estas costumbres parece indiscutible; son manifestaciones positivas innatas a todo grupo humano, y que acaso, y es lo que sostengo, sirvan para el aderezo de un kankacho druídico de metafísica familiar. Tienen base mágica, es decir religiosa. El kamili, su medicina y su liturgia son siempre religiosos. Pero también es un psicoanalista que sabe servirse del agente exterior para vincularlo a sus experiencias y darnos soluciones sorprendentes. Hay tipos entre estos médicos tiawanakotas que han desarrollado sus

facultades intuitivas de manera poco menos que consumada, como otros que alcanzan a la perfección, sí así puede decirse, la sugestión y el hipnotismo. Hubo alguno que en presencia de cierta persona leyó los rasgos predominantes de su carácter sólo mirándola. Es personaje de mucho interés el kolla en todas las latitudes del Continente; especie de Ahasvero, él y su kollawayo-allaka llegan siempre a tiempo cuando la ciencia europea se muestra incapaz de salvar la vida del hombre rico. Entonces, salta de su allaka todo el mundo de la hechicería, y de sus ojos todos los recursos médico-hipnóticos imaginables. Y a veces acierta, y acaso siempre, porque de no curar el mal, establece el conducto maléfico por donde llegó la pasión enconada y el odio sórdido del enemigo que, a cambio de mucho dinero, compró del yatiri esa vida que ahora ya es imposible reatar.

Bueno es darse un baño de superstición en estos días de bancarrota y orfandad. La presencia, aún, entre nosotros del pako o el yatiri es una ardorosa manifestación de vitalidad psíquica que no ha podido extirpar el predominio de otras razas y otras culturas. Aquí estamos ya frente a un pueblo cuyas preocupaciones son intensamente reclamadas por el instinto de la naturaleza.

La superstición, sobre todo ejercicio místico, ofrece un camino lleno de sorpresas que puede llevarnos al afinamiento de los sentidos y a la creación o parimiento de otros de cuya sutilidad tiene el secreto el viento... Por lo menos en el caso de nuestra fenomenología hácese de todo punto necesario partir de un estudio de las ideas aborígenes en tales materias antes de establecer semblanzas que resultaren quiméricas o simplemente superficiales.

Desde los días de la colonia el Perú (o Pirú, como dice todavía Aweranqa) ha desenvuelto su vida a espaldas del indio, sin dar precio a las enseñanzas que de su vieja y madurada civilización podíamos recibir. (Las demás naciones del Continente tampoco pueden, por desgracia, afirmar lo contrario). Entiendo que después de los jesuitas ninguna institución vio en el conjunto étnico de América, su naturaleza y virtudes, elementos capaces de conducir pródromos de originalidad, aunque ello hubiese sido únicamente para la realización de sus ambiciones teocráticas. De ahí que sus métodos de conversión no eliminaran la raíz de la religión autóctona, dándole, al contrario, cierta preponderancia por lo menos en cuanto a descubrir en la simpleza de sus

ambiciones teocráticas. De ahí que sus métodos de conversión no eliminaran la raíz de la religión autóctona, dándole, al contrario, cierta preponderancia por lo menos en cuanto a descubrir en la simpleza de sus fetichismos el acertijo del dios católico; lo que originó una adorable confusión, pues el indio ya no supo llamar sus cosas con palabra vernácula, pero siempre las concibió con ánimo panteísta. No corren muchos días que el doctor Enrique Encinas –brillante mentalidad de hombre de ciencia y de letras– comisionado por la Facultad de Medicina de Lima, realizó estudios sobre éstas y otras materias en ayllus aymaras y cuyos tests pueden ofrecerse como prueba inapelable. Evangelistas y católicos, todos los indígenas a quienes interrogó le contestaron que Jesucristo era el Sol y la Luna María Santísima. La lección es dura aunque prevista y natural. A estas alturas se constata todavía que conquista y coloniaje, en la entraña de América, el Ande y la Altipampa, fueron más que accidentes políticos... el indio aún cree en sus zoolatrías maravillosas, aún la noche preñada de astros le humedece los ojos y le llena de terror; su sabeísmo (el tiawanakota aparece singularmente como un observador astronómico) o simple heliolatría, permanece siendo su fuente de virtualidad. La reverencia por la waka no ha muerto; esto es, el sentido divino de las cosas sigue el ventanal por donde contempla y se compenetra de la vida. No hay cosecha de que no extraiga el fruto excepcional considerándole un súper esfuerzo de Wirakocha, de la Naturaleza –tampoco Schelling sería, por cierto, quien disputara tan lindo reconocimiento.

Tú eres un “hereje”, me decía tata Ulogio, porque me vio vivir, sin ceremonias, sin amor a los animales; él, sacerdote de hombres que adoran al animal casero, que lo tratan con pulcra humanidad, tenía que ver cuán diversa era mi actitud con el animalito de Dios... ¡Hoy ya no, tata Ulogio, por fortuna! Todo es sagrado en la Tierra, y la nube que pasa y el polvo del camino son dueños de una intención vibrante que va a parir en el sensorio; de suerte que obrando piadosamente –deístamente– en Dios, debemos a la nube y al guijarro el mejor y más puro pensamiento. Acaso quiera decirnos con ello el kamili que tanto valen pensamiento y guijarro, y que para los resultados vitales importe lo mismo reír en la claridad oculta del agua o lanzar chinitas sobre el oleaje que muerde las arenas de la playa, puesto que siendo la vida un todo actuante, sus partes, por ínfimas, no dejan de ser menos necesarias e

importantes. Todo es aceptable. Pero lo que no da asidero a duda es que el indio ve en cuanto se le representa elementos de su propio proceso. No de otra manera se explica su temor de herir la más ínfima partícula de la Pachamama, sobre todo de herirla más que con actos, con pensamientos. El mismo en su variedad viviente se considera tierra animada... los cabellos y uñas cortadas de sus muertos son llevados al rincón más oscuro de la chujlla desde donde, como en un punto interferible, se pondrán en contacto con el “ánimo” que vive anegado en el todo supremo y viviente de la Tierra. Es más, en el curso de la vida se hace obligatorio para el indio depositar en la tierra las setas en que deviene el organismo; así cabellos que se cortan a tiempo con ceremonial enternecedor (wawata p'eke ñikuta morokaña) o se arrancan al peinar indicando, según me parece, que devuelve por anticipado parte de lo que a fin de cuentas se devolverá completamente...

Sí, están seguros que quien desprecia la Tierra es un hereje, tanto como quien desprecia a la Trinidad Santísima, pero cuando el indio piensa en cualquiera de estos casos con la palabra terrorífica, es porque si la catequesis católica trocó los nombres del animismo indígena por la terminología dogmática, no hirió el fondo de su filosofía, nunca por otra razón. ¿Cómo bebes el agua, dice el kamili, traducidas sus palabras a nuestra jerga complexa, cómo bebes el agua de la fuente sin dar tu corazón a esa obra sensata, sin pensar que el agua como tú, viene de la Tierra? Y tampoco, senderos agrios inhiben la floración de misticismo que hace del indio un tipo esencialmente religioso. Cuando se acerca al pukio a beber agua en la cuenca de la mano, lo hace ciertamente con sentimiento divino, y se ahínca lleno de fervor y respeto.

Por lo que se relaciona con la antípoda, una afanosa tangencial del profesor Richet le ha llevado a establecer que todos los fenómenos de orden biológico o espiritual a que estamos sujetos, se encierran y completan dentro del sistema planetario de suerte que la esperanza de una vida superdemonológica, no es ya de esperarse. ¡Lo que resta es descubrir, saber descubrir, en el peso del éter la calidad real del gesto angélico! Y ello, todo ello, según se ve, no difiere de la posición del kamili... Pero sería curioso imaginar al profesor de la Sorbona con la inocente y jugosa mentalidad de Tata Ulogio, a sus prácticas espiritas, trabadas de antemano al tokoro, que es un agente de telekinesia...

NOTAS:

Chujlla: choza

Komerkenti o pájaro verde: el picaflor, pero dáse también este nombre al loro, que de otra manera el aborigen dice lurru.

Quqa: coca.

Pako: brujo, adivino.

Wawa: hijo, bebe.

Tuqu: lechuza

Karisiri: lo que mata al hombre, el que mata.

Istalla: mantelete.

Kirkincho: armadillo.

Qilliqilli: murciélago.

Sauca: quqa, coca.

Apupanaka: sacerdote titikaka encargado del sacrificio de las vírgenes.

Tokoro: palo de maguey.

Apachetas: lugares de la cuesta, en que el indio deja su tributo al achachila y le pide energías para llegar a la cumbre.

Kesana: lienzo de totora que hace de vela en las embarcaciones titikakas.

Nakjayaña: culto de los muertos.

Kankacho: asado de carne.

Kolla: habitante de la meseta Titikaka

Kollawayoallaka: alforja de kollawaya.

Waka: sentido sagrado de las cosas.

Pacha-mama: Madre tierra.

Wawata, peke ñokuta morokaña: contracción que equivale a fiesta del primer pelo.

Pukio: manantial.

TRENOS DEL CHIO-KHORI

Cómo, cuándo, a qué hora? Él llegaba confiado, dominador de la ola y del tumbo, sobre el haz del crepúsculo, caballero de las auroras. ¿Cómo pudo ser, pues? Hélo ahí, echado, con las manitas cruzadas sobre el duplicado de su padre, humeante y fervoroso el corazón, dormida y siempre ágil y penetrante la pupila, mudo el gesto, oscurecida la voz. Pero nó! Pero nó! Está viviente, está invívito. ¿Acaso hay que pensar siempre en la muerte?. La muerte no se trajea de paños pascuales ni tiene el gesto dominador de una profunda frente combada en la inmensidad del éter. No, no es la muerte. ¡No creerlo nunca! Ese viejo cascabel de brujería, la cojitranca que ronda la cuna de mi hijo... ¡No! No es la muerte el brazo recio que lo arrancó del mío finada la pelea más noble y fiera. Era la Vida. La vida que me enseña esta vez más sus salmos secretos. Ella se cargó mi pesca de almas y la turbia esperanza de mi canción. Se echó al lomo lustroso mi pequeñita carga de paisajes y aunque ahora tengo repletos de lágrimas los poros del pellejo no he de darla el fácil triunfo de mi lluvia inoportuna. Ella creyó de fijo que me arrancaba la esperanza cargando con mi engendro. ¡Pobre vida! Como tiene tanto agito por parir no se entera de los recursos del hombre para señalarla una ascensión más armoniosa. Se lo llevó! Sí. Pero ignora que no se lo lleva en mí, que se queda, se encapricha y la burla, pues mientras ella le destinaba a otras labores, Teófano persiste en el gesto de su padre y alumbra de afirmación angélica su intención y su brazo.

Hélo ahí pues, y quien menos cree que allí esté soy yo, pobre cáscara de plebe, buey de pecho grave y de manso testículo. El que no va a creerlo nunca, porque si es verdad el triunfo de la vida, más grande es, aunque no sea verdad, el triunfo del gusano. Yo, gusano, ínfimo corpúsculo, organización estética, yo te disputo la majestad tiránica y te notifico el fracaso de tus esquemas ¡Teófano! Sigue estando junto a su padre, acariciando su pecho y mordisqueando su músculo. Vano es tu empeño, Vida, si crees que con robármelo me lo quitas. Bueno fuera en verdad que supieses distinguir entre la posesión humana de la riqueza a ese acaparamiento miserable que haces de nuestras alegrías y de nuestras fuerzas. Y si no te pertenece humanamente, sigue siendo mi pertenencia y yo te hago pleito y reto a nueva contienda y mil veces lo haré y volveré a hacer hasta tanto me quede una migaja de esperanza y de hambre.

Tendidito sobre la mesa que cubre la sábana de tocuyo en que parió su madre, es más que nunca heredad de mis nervios, aunque tu impúdico egoísmo me haya quitado el licor de sus palabras. ¡Acá! ¡acá! vida torpe ¡acá! cuán engañada caminas si piensas que los hombres tienen por límite tu apariencia funcional. ¡Acá! ¡más acá!

TEÓFANOJ KAMUNKAÑA

El esplendor del cielo en árboles. Todo imbuido de sabor de tierra. A través de las nubes la luz se cierne en explosión azul. Las kesanas del día fresco se entumescen en el airecillo acuático. Azul todo; azul el canto del pichitanka. Yo subía afanoso la cuesta. Llevaba jadeante los fuelles del espíritu y a causa de esta disposición se iba quemando mi resuello. ¿Estaba alegre? La pagana alegría que él me trajo se hinchaba en mis ojos entusiastas. A mis espaldas, retrasada quedaba la ciudad. Traerse a la cincha un pueblo a escalar la cuesta es de hombres. Pero la mala ruta poblana se atasca a poco que el cerro se punza en sus aristas. Se quedaba atrás ¡la ciudad! Eso que también yo voy a llamar una ciudad. La aldehuela casta, de buen sexo, rica chola de ancha cadera agilitada por el pescozón del hielo, dulce de aliento ¡si no fuera por los lagartos y sapos feos de la estupidez que le han sembrado sus salivas y sus malos rumores de bestia! Los techos de teja y de paja y de calamina también participaban de la humedad. Los de paja con su lomo de tejas, parecían invertidos maceteros de ichu punzante cultivados por amor a la serranía espiritual que gusta el gris y el áspero. El color de las tejas es genésico. Alegra y comunica inocencia. Pero las pajas amarillas u ocres, según sea la edad y el servicio, traen hasta la poblada la sensación del ayllu, de la pampa, del risco; la chujlla está viviente allí donde se ven los anchos techos de paja como kallampas. La calamina, en cambio, con su apariencia y su vozarrón... inexpresiva y atónica, como todo lo artificial, sin sexo. Pero vista a la distancia y a cierta hora cuando una evaporación azul envuelve todas las cosas, tiene el color del cielo. Por gusto. O acaso esas latas de zinc puestas ahí por la pereza y la brutalidad del hombre, en lugar de la teja colorida y el ichu panteísta son una manera de recordar que el cielo se mete en nuestras vidas a pesar de nosotros, que la vida, referida de un punto de la materia a una orilla de la epidermis es un solo espectáculo inhibido en sí mismo. ¡Quiá! Qué no había de comprender entonces mi alegría de animal encariñado. A poco más adelante estaba la “Quinta” y allí –lo descubriría mi ansiedad– él, mi hijo, o mi hermano, o mi amigo, aquel fragmento de vida superior que vino a nacerme como un desquite a tanta imbecilidad oída y mirada. Los doce o quince árboles levantaban por sobre las techumbres sus capas agitadas y jubilosas en el airecillo matinal. Cantaban las aves y chillaba mi corazón

y ésta era mi alegría. ¡Él! A quien, con la nube inédita, asomada detrás del cerro verde, iba a recibir en mis brazos. Seguí caminando.

Muy luego salió a mi encuentro el ladrido del can familiar. Y más dulce que el miski, su voz la voz del Teófanoj.

—¡Tata! ¡Tata! ¡Tetete!

Al traspasar la pirka brincó el tisko, tisko, su hipido presuroso y sus manitas se me alargaban. ¡Él era!

Le había vestido hombre. Un manchuco de bayeta café sobre toda su carne robusta y el chullo de vicuña con filetes y dibujos en rojo testimonio de su adelantada capacidad vernácula.

—¡Sa bene unté! Y a uno homecito me fuefo?

Con pasitos atolondrados se esforzaba por llegar hasta mí por entre los rosales; gritaba con alegría de cervato. Sentaba lindo el sol en el jardín, entibiándolo. La nube se reclinó sobre el repecho del monte, para inmóvil tirar algodones alegres. Desprendiéndose de la copa más alta alzó un vuelo circular sobre nosotros, el allkamari, yendo a perderse en el centro del cielo. La kurukuta voló desde el techado rompiendo sus cascabeles. El perro me lamía. Mi mujer tiraba de la verja recién amanecida. La cocinera sonreía al vecino, hijo de algún adefesio, y entre la expectación de todos, boquiabiertos, dio un salto gimnástico hasta ponerse en mis brazos dulces.

—¡Tata! ¡Tetete!

—¿Nos lieron tetita me fuefuefo? Millay ñuño... ¡A ver! ¡a ver! ¡teta!

Desabrochó el corpiño materno y sacando la ubre exuberante llevéla a su boquita. De rato en rato, mientras mamaba estaba atento a mis movimientos. Si me fuera dejaría la teta para chillar. Y eso es como si a uno le mamaran el ñuño mental, como si en el epicentro volitivo dejaran caer una gota de miel. Díjeme: ¡Onfano me quiere más que a su teta!

—¿Por qué no has venido anoche? Dijo su madre. ¡Y luego aparentas quererlo!

El chiquillo miraba de reojo para dar hondura al reproche de la mamala.

—¿Chi? ¿chi? ¿buscaba unté so tata?

Y por toda respuesta hacía grititos sin dejar el pezón.

Hice movimiento de retirarme, y chilló.

—¡Acá! ¡Tata!

¡Cómo entonces su obra de belleza la vida!

Se alzaba ya dos cuartos y medio sobre el suelo y alcanzaba la altura del primer perfume floreal.

Su color limpio, y sobre el mate de la piel mestiza, pinta rosa el rosal la salud valiente. Su carita redonda y su boca sin dureza tienen imperio hablador. El pecho alto se dibujaba con honradez y el abdomen repleto con ánimo. Los brazos llenos y las piernecitas ya de tendones firmes, estaban anunciando al futuro andante. Para mirar ¡sus ojos! Para castigar ¡sus ojos! Para acariciar ¡sus ojos! Sus ojos provienen del llamañawi metido entre los pozos de la nebulosa. Ojos astrales desde donde yo vi, para siempre, tejido angélico de la carne. Su frente para darme sensación etérea, una insinuación combada buena al viento y a la fiebre de las ideas.

—¡Um! jum! ¡tata! ¡criii! ¡aca! Me decía, para que lo sacara a la explanada de la Quinta donde viven los árboles y es constante el canto de los pajarillos.

Gritábame yo:

—¡Sono me fuefo unté! ¡Yo canto lo pocoso y levanto lo bobo!

Y Chillaba, chillaba como el kelluncho con chillido encantador. Y me señalaba las flores y me señalaba el canto de los pajaritos. Gritaba él, con él corría yo. Nos tirábamos entre el pasto. Él se trepaba a montarse en mi pecho. Me halaba los cabellos, se echaba sobre mi cara para morderme las orejas. Su alegría no tenía límite; la mía me localizó de antemano en el sitio de la tierra desde donde se percibe el hálito de la luz. Estábamos solos y éramos lo único creado. Para acariciar de lleno estiraba mi brazo en busca de lo oculto; por ese camino inhollado tropecé con la suavidad de nuevas canciones. ¡Tata! Me gritaba y yo le cantaba ¡fuefue! Todos miraban asombrados. La locura al desprenderse de la infancia se vuelve inocencia en la costilla joven. Eso conmigo. Locura de sentir lo que no sienten los demás. De poseer lo que no ven siquiera los ojos de todos. Yo, teniéndolo entre mis brazos, fornicaba con derecho varonil el ritmo de la vida. ¡Mi ritmo! Entenderlo; porque eso es solamente de uno. ¡Um! jum! ¡tata! ¡criii! ¡acá! Mis gritos apabullaban los suyos; pero a la postre sólo los suyos tenían razón, porque poniéndome las manitas sobre la boca me gritaba: jum! jum! ¡tata! ¡aca! ¡criii!...

Y así pasaban las horas y la alegría sudando en el aire. Y yo, luego,

acezando me sentaba y él reclinaba su cabecita en mi brazo y nos dormíamos. Pero allí tampoco acababa el ejercicio de amor, que mi esperanza agitaba alas y mientras desde el hueso vigilaba su sueño, tiraba el cuerpo un salto elástico y mi corazón hacía piruetas en los vientos.

—¡Um! ¡um! ¡tata! ¡aca! ¡criii!

Desde entonces datan esas palabras con que le arrullaba en mis sentaderas.

¡Duerme burrito!, ¡despierta hombrecito!, ¡arrrró!, ¡arrrró!

Después, después se acercaba de puntillas su madre y se lo llevaba. Todavía un rato quedaba yo meditabundo de pasto.

Descendiendo la cuesta pensaba: “sólo me deja cuando duerme y ni aun así: dormido adora lo que hollé como yo que huelo su adoración. ¡Pues al trabajo! ¡Al trabajo! Por él, fórmula, esquema y sonrisa robusta en agilidad de cervato. Mi agilidad renacida. ¿Y su alma? Su alma estaba llenándose de eclosiones perennes... Todo amanece y enjuga. Invade el alma al alma. ¡Teófanoj!

Rápido y contento con mi aprisco de glorias en el lomo. Labriego que roturó sus campos. Hombre que entrevió ángel en el fondo de la caverna.

—¡Duérmete burrito!, ¡despierta hombrecito!, ¡arrrró!, ¡arrrró!

Luego me tragó la fauce poblana y yo henchí de gozo mis poros y di vuelta brava y alegremente a la novela de la noria...

La luz seguía hablando.

LOS CUENTOS DEL TITIKAKA

No hay en la planicie más perspectiva que las aguas extendidas en la monotonía del amanecer yodado. Un relente de finas aguas va lacerando las carnes en una torturadora contumacia. Despierta la soledad en las finas enneas y todo se inunda en la claridad del amanecer.

Kusta está las piernas medio metidas en el agua arrastrando la pequeña balsa de pesca. Es rechoncha y curtida. Sus labios no parecen destinados a la simpleza. Son gruesos y sensuales, con la sensualidad primitiva de la bestia. En cambio los ojos retintos miran en su moflete con timidez de vicuña cerril y la misma hermosura misteriosa... El chiquillo se le aproxima con ademán valiente. La estrecha; la hunde; la embarra; la estupra...

—¡Machata!, gime en aymara, me has dañado.

—¡Osti! Iris cuchi!

Y le escupe, chillando en uru:

—¡Occhichi!... ¡Occhichi!

El muchacho ríe con grosera petulancia.

—Eres mía, pois, Kustita!

Una fila de dientes paquidérmicos luce como las crestas de una cordillera volcánica.

La mujer huye.

A un lado de las ordinarias rutas lacustres, rodeada de totorales altos y nutridos, la leda de los “urus” no denuncia su presencia por ningún signo ostensible. Para llegar hasta ella es preciso dominar esa caprichosa y endiablada topografía, y sólo lo consiguen los balseiros “urus”, y a veces algún maestro de “llokena” de las penínsulas. En las noches de travesía, en media pampa del totoral, de pronto viene una voz perdida. Nadie sabe de dónde proceda; pero es de la isla “uru” metida en el corazón del Titikaka, como un nido de “unkallas”...

En el lago muchos son los días del sol, pero en la isla de los “urus” más frecuentes son los nublados, el negro nubarrón que amenaza con los interminables, persistentes aguaceros y el viento húmedo. Como el cielo sobre el lago que sólo de cuando en cuando se abre dejando pasar la solana a retozar en las malezas, es el hombre de la isla. Y la isla es un verdadero nido sustentado sobre el hacinamiento del “chullu”, a merced de las tempestades, de los vientos, de todos los accidentes lacus-

tres. La isla y la nube tienen parejo destino: están condenados a seguir el curso del viento. Sin embargo, sin la nube la isla no podrá sustentar la vida de los hombres. Y es decir una averiguada verdad que la isla atraca en el macizo de totoras mientras la nube se desata de noche a noche para estimular el crecimiento del “llacho” y vigorizar las raíces de la totora. Fácil es suponer entonces que entre el cielo y los hombres del lago se ha establecido una comunidad profunda que tanto ennoblece la vida como la fortifica con la esperanza de los frutos para el alimento. Crecen así como las yerbas en amor y simplicidad, sin más amargura en el cerebro que el contenido del estómago.

El chico de Kusta es como la remisa tierra de su isla. Se alimenta de “estekeras” secas al sol y de la raíz de totora; empero, sabe del maíz y no desconoce el arroz, pues suele cambiarlos con sus estekeras o sus “unkallas”, frutos todos de sabrosa codicia junto a la lumbre que Kusta atiza en las madrugadas y en las noches. El fuego, así, para el amante, es el espectáculo más tierno: Junto a él se dicen las palabras más espaciales y se proyecta el eterno idilio que acaba con la grosera manía de alimentar a los hijos; habla el corazón de los demonios del lago; de vestigios; del anchacho; el carbunco; y una nueva y misteriosa vida brota en la imaginación amenazando con fauces infernales. Lo menos es suponer que el achachila lanzará de un momento a otro su chispazo entre las totoras iluminando la maleza y el nido recóndito de las aves. Lejos, el cuerpo del lago se agita con fuertes ondulaciones, se oye el chirrido entrecortado de los “shokas” y la voz serena y majestuosa del Wajsallo.

—¡Wa-Káj!...¡Wa-Káj!...

Pero es noche sin luna, y la prieta oscuridad acaso no se rompa con el parpadeo de las estrellas.

Liulai se ha dirigido a su padre. Este nada sabe de lo ocurrido entre él y Kusta.

—Liulai! ¿qui si wai?

—¡Tanchikañani!... ¿Piscarimos, “apai”?

—Siguro llover bin, bien...

—Vas pasando nobi. Bunito “jipu”, vinto...

El viejo semidesnudo, sin decir palabra, se aleja a la orilla claudicantes las piernas angulosas.

Liulai mira la oscuridad señoreándose en el callejón de totora.

Desde el corazón sus ojos abarcan la dulce complicidad de la sombra. Para él nada hay más bello que meterse al lago en su diminuta embarcación, solo con su pensamiento, dispuesto a enderezar los “chuqus” y lanzar su “khencha” para arrastrar en ella a los peces, labor que se traducirá en beneficio de la familia. Su madre es tan vieja como su “apai”, y él ha concebido el propósito de “meterse” con Kusta, así ella no lo desee, porque la chiquilla insensata prefiere los cortejos del viejo Inacho, sin mujer y con multitud de “wawas”. En fin... Liulai, disimulada su condición de “uru”, ha viajado muchas veces a la ciudad portando su vistosa pesca de “kuulis”, y entonces ha usado un lindo aymara que desorientó a todos respecto de su despreciada raza. Bueno es Liulai; bueno y lleno de extrañas preocupaciones. Él y el chico Kamri son los únicos que poseen ropas vistosas como los usados por keshwas y aymaras. En su país no existe más gente dispuesta a salir del lago que ellos. Ni aun Kusta. Kusta es completamente primitiva. Se mueve de uno a otro sitio sin más ropilla que un taparrabos, y a veces una manta vieja sobre la espalda. Liulai, sin embargo, la cree mejor que otras. Algo tiene que la hace diferenciarse de las demás, y es que cuida con delicadeza de peines sus cabellos, adornándolos frecuentemente con plumas de gaviotas. Todo esto piensa el joven salvaje mientras se dirige al lago a cumplir sus deberes de pescador. No es decir que el camine ricamente trajeado. Apenas requiere de la camisa de tocuyo que compró hace buen tiempo en la ciudad, y el “cutse”, el poncho gris, sin más adorno que unos flecos de color encendido.

Atraviesa el callejón y desvía a la izquierda ingresando de lleno a la pampa. Como afirmó a su padre la enorme nube que amenazaba llover se ha desvanecido dejando un hermoso cielo estival pletórico de estrellas. Sobre las aguas hay una tenue claridad, tenue claridad que es el encanto de los peces. Entonces salen en miríadas y flotan casi sobre ellos. Vigila Liulai sus “chuqus” y viéndolo todo bueno se dirige a comprobar si los vecinos están igualmente en condiciones de facilitar la pesca. (El “chuqu” es una especie de palizada de totoras dispuesta en varias direcciones, y tiene por objeto impedir que los pescados huyan cuando se lanza la “kencha” (esperable); de esta manera buscan la defensa del bolsón y el “challwero” hace magnífico recojo). Tal la obra que lo emplea completamente hasta olvidar la grave escena de la madrugada. Es cierto que Kusta le ha absorbido en completo... (Aún

entre salvajes –es preciso reconocerlo– la mujer es el medio más económico, y a la mano, de la embriaguez, y es por embriagarse que la mozona corre tras el agridulce mosto). Liulai ensueña, Liulai fabrica nubes con el pensamiento; Luilai discurre... Y en todo este agradable trabajo es ella, Kusta, surgiendo desnuda y rechoncha, curtida por el viento lacustre, animalizada por las aguas. ¿Acaso el destino de Liulai es permanecer para siempre en el lago? El desearía hacer como los aymaras, gente civil y extraordinariamente vanidosa, pero algo le canta en el corazón con voz de sirena, y le dice que dónde hallaría ese milagroso vientecillo que penetra a los huesos y humedece a la pulpa si no allí, sobre las aguas, sobre el “llachu”, en sociedad amable con las “chuleases”; con los “chaqos”, con las “kalas”?... Así pensaba Liulai cuando acertó a pasar en vuelo sordo un nictálope “Wajsallo” y vio, lejos, las velas de una “tusa” aymara como ala de gaviota para su empecinada amargura. ¡Kusta! ¡Kusta!

—Palotaj-okachay-chucnichu!

Decía adiós en su pensamiento, hablaba de ausencia en el pensamiento, y Kusta le respondía en “uru”, asimismo:

—¡Occhichi! ¡Occhichi!

Ciertamente, Liulai era un animalito delicado para esta víbora rijosa que es Kusta. Pero es que Kusta no sabe aymara, y apenas conoce diez o veinte palabras del idioma de los mistis, y ello porque los viajeros las trajeron con sus productos. ¿No es entonces disculpable que se comporte con tan incivil conducta y se muestre chusca y chúcara a las incitaciones que para una nueva vida le hace Liulai, quien, después de todo, era su hombre?

De pronto, roncan las aguas entre los totorales, en varias direcciones arañan las “llokanas” y con límpida tonada le gritan voces amigas:

—¡Liulai, “askay”, “askay”!

—¡Liulai!... ¿jispachaiqi?

Carcajadas, frescas e inmotivadas silban de uno y otro lugar.

—¡Ui! ¡Ui!

Respondió Liulai inconsciente de lo que deseaba decir, tanto como sus amigos reía sin tener a mano otra forma de comunicarse.

Y ya no hubo más silencio. En ese momento cacareó con insolencia el “schoka” y rompió las aguas en arrebatos de lubricidad mientras el

“tikicho” cantaba: “¡Ti-kiu! ¡Ti-kiu”, en un rosario de piteos que decrecían en intensidad tonal hasta acabar tenuemente, dando la impresión de que el animalillo dormía...

Innumerables balsas surgieron de partes diversas como si alguien o algo hubiera concitado a chiquillos y chiquillas para, en comunidad, desmenuzar el silencio del lago. Quien huía en fresca risotada impeliendo su embarcación, hacia el canto de la pampa, quien, agitando los talluelos como indiscreto viento, se metía entre los totorales; o quienes lo hacían crujir todo en medio a un arrebató sexual que daba fiebre en el frescor nocturno...

Kusta estaba hincando la “llokena” para meterse en el totoral, y cerca, semioculta dentro de él, había la silueta de un hombre. Abrió Liulai los desmesurados ojos para percatarse de lo que podía ser, y se convenció que Kusta seguía al hombre ese. Fuése tras ellos, pero sólo alcanzó a percibir el resquebrajamiento de las totoras violadas... Se detuvo; esperó mucho rato. Después oyó las mismas palabras y una risa vibrante que pasó sobre él como el filo de la “majaña”:

—¡Cuchi!... ¡Occhichi!... ¡Occhichi!

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

El gamonal: Publicado en la revista AMAUTA, Números 5 y 6, enero – febrero de 1927.

Tojjas: Los primeros relatos (Utilidad de las palabras/ Ópera/ Génesis/ Parábola de la utilidad/ La verdad en el viento) fueron publicados en la revista KOSKO, en 1925. El resto (Parábola de la alegría/ La muerte del cabecilla/ Hiperbóreos/ El mitmak/ Kaka/ Sensación del ídolo/ Animales diáfanos/ El levantamiento) apareció en la revista AMAUTA, N° 18, octubre de 1928. El relato “Kaka” es el mismo que el titulado “Ópera” sólo que está narrado en primera persona. Los relatos publicados en AMAUTA fueron reproducidos en “Antología y valoración de Gamaliel Churata” (Lima, 1970) con excepción de “Kaka” y “Animales diáfanos”. Asimismo, en el quincenario LABOR (Año 1, N° 1. Lima, 10 de noviembre de 1928) se reprodujeron, bajo el título de MAÑANAS COLLAS, tres de estos relatos: “Parábola de la alegría”, “La muerte del cabecilla” e “Hiperbóreos”.

Los fuertes muchachos: Publicado en la revista LA SIERRA. Órgano de la juventud renovadora andina. Lima, Perú. Mayo - Junio, 1927. Año I, números: 5 y 6.

El kamili: Publicado en la revista MUNDIAL, N° 424, 28 de julio de 1928. [También reproducido en BOLETÍN TITIKAKA, Tomo II, núm. XXV. Puno, diciembre de 1928].

Trenos del Chio-Khori: Publicado en BOLETÍN TITIKAKA, Tomo II, núm. XXVIII. Puno, marzo de 1929.

Teófanj Kamunkaña: Publicado en la revista MUNDIAL, año IX, núm.479. Lima, 23 de agosto de 1929.

Los cuentos del Titikaka: Publicado en LA SEMANA GRÁFICA. Año I, N° 43, 19 de agosto de 1933. [Rescatado por Arturo Vilchis en el folleto: “Gamaliel Churata en la Semana Gráfica”. Editorial América Nuestra – Rumi Maki, México, enero 2008].

ÍNDICE

Prefacio / 5
El gamonal / 9
Tojras / 25
Los fuertes muchachos / 41
El kamili / 55
Trenos del Chio-Khori / 63
Teófanoj Kamunkaña / 65
Los cuentos del Titikaka / 69
Referencias bibliográficas / 75

“EL GAMONAL y otros relatos” de Gamaliel Churata
se terminó de imprimir el 30 de abril del 2013
por encargo de la Editorial KOREKHENKE
en la ciudad de Tacna - Perú.
Tuvo un tiraje de 200 ejemplares.